# LIBRO PRIMERO

## LIBRO PRIMERO

# HABITANTES PRIMITIVOS DEL URUGUAY

**Origen del hombre americano. — Investigaciones efectuadas para encontrarlo. — Estado actual de la cuestión. — Indígenas uruguayos. — Aspecto general de su sociabilidad. — Idioma, industria y comercio. — La nación charrúa. — Tierras que ocupaba. — Condiciones físicas de sus individuos. — Su carácter. — Su religión. — Sus costumbres. — Su táctica militar. — Sus guerras. — Sus alianzas. — Los Chanáes. — Los Yaros. — Los Mbohanes. — Los Chayos. — Dos palabras sobre los Guenoas o Minuanes. — Procedencia de todos estos indígenas. — Reflexiones.**

El descubrimiento de América, puede decirse con verdad, que fue la sustitución de un problema por otro. Mientras en el orden geográfico resolvió todas las dudas, en el orden etnológico aglomeró innumerables objeciones y dificultades. Comprobada la redondez de la tierra y su habitabilidad consiguiente, nació el debate sobre la procedencia de las razas que la poblaban. Una civilización rudimentaria, idiomas exóticos, y el secuestro aparente de los pueblos descubiertos a todo trato anterior con sus descubridores, autorizaban a negar entre unos y otros la solidaridad de origen. Planteado de sorpresa este nuevo problema, deslumbró a los pensadores que midieron la amplitud de sus consecuencias. Algunos de ellos, refugiándose en las ideas científicas y religiosas hasta entonces recibidas, opusieron esa doble barrera a las opiniones de sus ad-

versarios; pero éstos, desvanecidos por el descubrimiento de un nuevo mundo, dijeron que acababa de nacer una ciencia nueva, y que la fe no tenía valor contra los hechos visibles.

En semejantes circunstancias, la dialéctica antigua carecía de prestigio para influir sobre los espíritus. Bien que el problema hubiera sido ya tanteado siglos atrás por sabios como Alberto el Grande, quien sustentaba la existencia de antípodas hasta hacerla demostrable, la aparición del hombre americano sobre la superficie de la tierra, pedía explicaciones más concluyentes de lo que la simple especulación había adelantado hasta entonces. Quién era ese hombre, de dónde venía, cuáles habían sido sus antepasados, a qué causas obedecía el estagnamiento de su civilización: he aquí los puntos interrogantes que obstruían el paso a toda afirmación decisiva en el terreno científico.

Pero la aclaración de estos antecedentes, no era obra de momento, ni patrimonio de la generación que los esbozaba en el libro del saber. Sin más capital positivo que unas cuantas relaciones de viaje, ni otro elemento de juicio que la rebelión contra el criterio existente, la ciencia propiamente dicha, estaba tan a oscuras como el vulgo. Cada una de las interrogaciones planteadas, requería una masa de conocimientos capaces de aplastar la voluntad más firme. Desde la comprensión de la palabra emitida por los indígenas americanos, hasta las huellas dejadas por el tiempo en el suelo, todo constituía un secreto que desafiaba la curiosidad de los doctos de entonces. Era, pues, necesario descubrir la índole gramatical de los idiomas hablados en América, para remontarse a su entronque con las lenguas madres; estudiar las corrientes de sus

grandes ríos y medir las distancias entre sus pasajes abordables, para darse cuenta de las inmigraciones; buscar en el herbaje y arborización del suelo, la confraternidad de la flora del nuevo y viejo continente; excavar las ondulaciones terráqueas para extraer los fósiles antecesores y contemporáneos del habitante primitivo; examinar las armas, instrumentos de trabajo y utensilios, para deducir de ahí la condición militar e industrial de los indígenas; descifrar sus grabados y sus jeroglíficos, para saber hasta dónde llegaba la concepción mental bajo aquellos cráneos, muchas veces deformados por costumbres tan antojadizas como bárbaras. En suma, debían nacer la arqueología, la paleontología y la lingüística, perfeccionarse la botánica, la anatomía y la geodesia, para que todas a concurso prestaran su contingente a la solución de un problema tan complejo.

Sin embargo, cuando el espíritu humano ha vislumbrado una verdad, no descansa hasta poseerla. Los representantes del movimiento intelectual de las postrimerías del siglo XV y principios del XVI, entraron de lleno al debate, empujados por la curiosidad y sin más guía que sus impresiones momentáneas. El tópico, por otra parte, era tentador, y la época prestaba sanción a todo atrevimiento especulativo. Soliviantadas en Europa las creencias por el libre examen, suponíase habilitada la mayoría de los publicistas a tratar de un modo nuevo todas las cuestiones, sin atenerse a ningún punto de partida como no fuera el propio raciocinio. Pasaba por anticuado y deleznable el saber adquirido hasta entonces, repugnándosele cual si fuera un yugo ominoso. Aquel que marchara más lejos en este camino, era considerado el más sabio, y su voz adquiría la autoridad que siempre tiene en los

tiempos de crisis intelectual, lo que se aparta de la razón y el buen sentido.

La curiosidad científica se complicó muy luego con el interés pecuniario. Convenía a los asociados de las empresas descubridoras, negar que los indígenas americanos fuesen una de las ramas del árbol genealógico de la humanidad conocida, para que de ese modo, huérfanos de todo abolengo, pudieran ser empleados discrecionalmente en cualquier faena, o comprados y vendidos a manera de objetos de comercio. Careciendo estos pueblos de animales domésticos, era adecuado reemplazarlos por entes que raciocinaban, y cuya sumisión argüía mayor lucro con menor trabajo. Para conseguir esa sumisión y partiendo del hecho de no existir vínculo fraternal que la impidiese, se reputaban asequibles todos los medios, desde los perros adiestrados en la caza de indios, hasta el exterminio pronto y rápido de la menor veleidad de resistencia. Escritores de cierto viso, movidos por los empresarios, dieron nervio a esta conjura contra los indígenas, y llegó a admitirse que su servidumbre obtenida por cualquier forma, era apenas una compensación a los grandes dispendios que causaban y al beneficio recibido.

Por último, el espíritu de incredulidad, hasta entonces disimulado bajo las apariencias de una investigación científica, rompió formidable y altivo, cuando la opinión estuvo preparada a esquivar toda simpatía a los americanos. La controversia se planteó en seguida sobre el acatamiento que pudieran merecer los textos bíblicos, cuya enseñanza contradecía lo que acababan de revelar los hechos. Si los indígenas no eran, como todo autorizaba a suponerlo, hermanos de los hombres del viejo continente, la unidad de la especie

resultaba falsa, y la ascendencia hasta una pareja única, desmentida. Contribuía a reforzar este supuesto, la disposición de las tierras descubiertas, pues la escabrosidad y lejanía de sus costas, el atraso de sus habitantes en el arte de la navegación, y el secreto que hasta aquella hora había velado la existencia del nuevo continente, eran otra prueba de que nunca abordara a él persona alguna del viejo. Mas suponiendo que un incidente cualquiera hubiese arrojado náufragos a América, ¿quién pudiera afirmar que esos tales, llevaran consigo leones y tigres, alimañas y reptiles inmundos para favorecer su reproducción? La imposibilidad de que esto aconteciera, demostraba que si los animales americanos eran autóctonos, del mismo modo lo eran los hombres, y así quedaba sancionado el poligenismo.

Favorecía esta excursión atrevida en el campo de las suposiciones, los relatos hablados y escritos de los descubridores y sus compañeros. A medida que perdía su prestigio la maravilla del viaje al nuevo mundo, se esforzaban los viajeros por mantener el encanto con las relaciones de lo encontrado en él. No hubo portento acariciado por la mitología y la leyenda, que no se realizase en las vastas soledades americanas, según lo contaban a la vuelta sus afortunados exploradores. Actuando sobre la imaginación de un pueblo soñador y romántico como el español, conseguían medrar de este modo en reputación y favores, ya vendiéndose por privilegiados de la suerte, ya presentándose candidatos a la dirección de nuevas y poderosas expediciones. Y de esta manera, falseando el criterio exacto de las cosas, hervía entre un semillero de errores la polémica trabada sobre el origen del hombre americano.

No fue extraño a semejante fantaseo el mismo des-

cubridor de América, y como su palabra tuviese la mayor autoridad en el asunto, dio ancha base a las exageraciones. Son conocidas las cartas de Colón a los soberanos españoles y a otras personas importantes de la corte, narrando los acontecimientos que le sobrevinieran en sus viajes. Unas veces se le antojaba haber hallado las novelescas tierras del Preste Juan de las Indias; otras afirmaba haber dado nada menos que con el Paraíso terrenal. En pos de Colón viene Américo Vespucio, casi tan ilustrado como aquél, y que no le va en zaga para narrar cosas estupendas. A tener en cuenta sus escritos, sobre los cuales se hacen hoy ciertas reservas por no conocerse los originales, Vespucio afirmaba que en caso de existir un Paraíso terrestre, debía hallarse próximo al Brasil, y se embrolló en una descripción astronómica de la cual resulta un número considerable de estrellas de primer orden que aún hoy no se conocen, añadiendo así a los prodigios de la tierra americana, las maravillas del cielo.[1] Como quiera que estas cosas fueran o no creídas por quienes las relataban, el hecho es que corrían autorizadas por sus nombres y por el testimonio presencial que suponían. No es de extrañar entonces, que otros viajeros más crédulos de por sí, o más dispuestos a explotar la credulidad ajena, escribieran largos trozos para contar la existencia de ciertos pueblos americanos, cuyos individuos no tenían más que un ojo en medio de la frente, o que no tenían cabeza y llevaban los ojos en el pecho.

Al tenor de estas consejas de los escritores laicos, andaban las propaladas por los escritores religiosos,

1 Relación del viaje de Américo Vespucio a las costas del Brasil, hecho en 1501-1502, etc. (ap. Charton).

quienes, aunque llevados de miras más nobles que los primeros, rendían, como ellos, tributo a la exageración. Sus argumentos, cimentados sobre verdades de fe, tendían a despertar los sentimientos afectivos de las masas en favor de los indígenas. A falta de una argumentación científica que demostrando la unidad del linaje impusiese las conclusiones de derecho nacidas por tal eventualidad, apelaban a la caridad cristiana que doma las asperezas de la codicia, y pedían el concurso del poder público y de la Iglesia para enfrenar los desafueros de la ambición. El resumen de su propaganda era, que los indígenas americanos fuesen considerados como hombres al igual de los demás, que se les tratase como a súbditos del Rey y no como a esclavos de los conquistadores, y que no se ofendiesen los designios de la Providencia embruteciendo a unos seres que habían sido puestos por especial destino bajo los auspicios de la monarquía española.

Los ecos de tan empeñosa contienda, debían repercutir en el ánimo de aquellos cuya protección era solicitada. Tocó en primer término su turno a la Iglesia católica, que habiendo bendecido y alentado el descubrimiento de América, no podía abandonar, sin traicionarse, la suerte de sus hijos. Pablo III, que ceñía entonces la tiara, escribió con mano firme su admirable Bula de 1537, declarando iguales ante Dios a todos los hombres, y condenando por falaz y demoníaca la doctrina que separaba a los indígenas americanos de aquel privilegio común. En consecuencia, establecía el Pontífice, que los aborígenes de América y todas las demás gentes que en adelante viniesen a noticia de cristianos, "aunque estuvieran fuera de la fe de Cristo, *no estaban privados ni debían serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes, y que no debían*

*ser reducidos a servidumbre"*. Más adelante reforzaba estos conceptos, diciendo: "que los dichos indios y demás gentes, habían de ser atraídos y convidados a la fe de Cristo, *con la predicación de la palabra divina y el ejemplo de la buena vida"*. Y por último concluía: "que todo lo que en contrario se hiciera, fuese en sí *de ningún valor y firmeza*, no obstante *cualesquier cosas en contrario*, ni las dichas, ni otras en cualquier manera. [2]

El efecto de esta declaración fue contundente. Ella rehabilitó en el terreno de la religión y la moral a los defensores de la libertad de los indígenas, colocando frente a los ímpetus de la codicia, el dictado de la razón serena, ya que no las conclusiones de una demostración acabada. Pero como toda premisa recta conduce necesariamente a consecuencias rectas, la Bula de Pablo III, al recordar a los hombres sus deberes, levantó el debate a la altura de un acontecimiento que interesaba la suerte de la humanidad. Tomó desde luego la cuestión una nueva faz. Los reyes de España y sus consejeros, que, a modo de jueces de campo, presenciaron los comienzos de la discusión, fueron interesándose en ella hasta convertirse en lidiadores. Lo mismo aconteció con los sabios de todas las procedencias, que aquilatando las razones aducidas y sometiéndolas a una gradación metódica, echaron las bases de un nuevo edificio científico. Al liquidarse, pues, los argumentos de ambas partes, se vio que la polémica no había sido inútil. Como resultado político, ella contribuyó a inclinar el ánimo de los soberanos españoles al partido de los eclesiásticos, dictándose bajo su in-

2 El texto completo de esta Bula se encuentra en la *Monarchia Indiana* de Torquemada, tomo III, lib. XVI, cap. XXV.

fluencia algunas medidas tendentes a mejorar la suerte de los indígenas. Como resultado científico, ella sirvió para crear una disidencia fundamental de opiniones que dio origen en la Historia a la nueva escuela crítica.

Pero si la evolución indicada cambió la táctica de combate, no alteró los fundamentos en que reposaban las doctrinas. Volvieron a encontrarse frente a frente los sectarios de la incredulidad y los adeptos de la Revelación, afiliándose a estos últimos, como era natural, todos los escritores de procedencia católica. Con la Biblia en la mano, arremetieron dichos publicistas las dificultades, torturando muchas veces, para acomodarlos a sus demostraciones, los textos que les servían de prueba. Remontándose hasta las épocas post-diluviales, emparentaron a los indígenas americanos con la familia de Jafet, a la cual correspondió, según la versión bíblica, el lote universal de las islas de la tierra, y siendo reputadas por islas todas las naciones lejanas, cualquiera fuese su configuración, resultaba América una de las tantas islas heredadas por aquellos antiguos varones. Para fortalecer las trazas de este entronque arbitrario, atribuyeron a Noé y sus hijos grandes dotes de marinos, dábase procedencia americana a los vientos y naves mentadas por David al hablar de la cólera divina (S. 47, v. 8) y se afirmaba ser plata del Perú, *la plata arrollada,* traída de Tharsis, que Jeremías menciona (c. 10, v. 9).

Abiertas a la inducción semejantes huellas, no faltó quien adujese citas para reconstruir la genealogía americana por distinta exégesis. Con igual derecho a los que mentaban a Jafet, propusieron otros la descendencia de Cam como más verosímil. Y en tanto el mundo literario se familiarizaba con estos juegos de ingenio,

nacía una tercera opinión, poniendo la ascendencia de los indígenas en las diez tribus judaicas que Salamansar se llevó cautivas y derramó por diversas tierras. Encarrilada por este camino la investigación del origen primario, tenían que ser concordantes las consecuencias definitivas. Puesto que la tradición bíblica encontraba a los indígenas en su infancia, debía seguirlos hasta el momento providencial designado a la cristiandad para apoderarse de ellos. Poco esfuerzo se necesitaba para descender hasta ahí; así es que los patrocinadores de la doctrina agotaron la materia a fin de encontrar en los habitantes primitivos de América, vestigios de una civilización cristiana muy acentuada. Se desmenuzó el mecanismo de su culto religioso, se analizaron sus ceremonias, deduciendo de todo ello, con evidente ligereza, que fue el apóstol Santo Tomás, quien adoctrinó en la enseñanza de Cristo, a los desvalidos pueblos materia del litigio. [3]

La condición hipotética de estos argumentos, no po-

---

3 Torquemada prueba la falsedad del aserto, en el siguiente pasaje: "El santísimo Pedro, Vicario de Christo y cabeça de esta Iglesia militante, después de su benditísimo Maestro, predicó primeramente en Judea, Antiochia, Galacia, Capadocia, Ponto, Asia, Bithinia y Roma. San Pablo, quando escribió esta Epístola a los Romanos, ya avia predicado, como él mismo lo dice, en el capítulo quince, della, desde Gerusalen y sus confines hasta Ilírico: luego en Roma, por tierra de Italia, y despues en España, y otra vez de buelta en Roma, donde fué descabeçado Jacobo hijo de Cebedeo, predicó en Judea y en España San Juan en Judea y Africa la menor. San Andrés en Scithia, Europa, Epiro, Tracia y en Acaya. Jacobo, llamado hermano del Señor, en la ciudad de Gerusalen. San Felipe en Scithia y Frigia. San Bartholomé en la India interior y en la mayor Armenia San Matheo, en Etiopia. Santo Tomás, á los partos, medos, persas, bracmanos, hircanos, bractos é indios. San Simon en Mesopotamia. Judas en Egipto y ambos despues en Persia. San Mathías en la Etiopia interior. San Bernabé, juntamente con San Pablo, en Siria y en muchas partes de Europa y Asia, y despues en Cipro. De aquí queda sabido, que ninguno de los Apóstoles predicó en nuestro Orbe". (Fray Juan de Torquemada, *Monarchia Indiana*, tomo III, lib. XV, cap. XLVII.)

día, sin embargo, ocultarse a sus propios autores. Fuera de la crítica de sus adversarios, el sentido íntimo les decía ser inconciliables con los hechos, suposiciones tan aleatorias. Así fue que de los textos bíblicos, pasaron luego a las autoridades paganas, buscando en Platón y Luciano, en Aristóteles, Séneca y Plutarco, indicios de parentesco más claro entre los hombres del nuevo continente y el viejo. Reviviéronse, entonces, exornadas de un carácter de verdad respetable, muchas narraciones tenidas hasta ahí en cuenta de fábulas. Hablóse de la isla Atlántida, sumergida en antiguos tiempos, isla grande, muy poblada y rica, que partía límites con otras sospechadas de ser las de Cuba y Puerto-Rico, descubiertas recientemente. Se recordó también, la maravillosa navegación de una nave cartaginesa, que partiendo de las columnas de Hércules (Cádiz), fue llevada por el viento hasta una isla remotísima que se decía ser la *Española.* Agregando a esto lo que dio en llamarse la *profecía* de Séneca, o sea el dicho de aquel autor sobre la existencia al otro lado de los mares de un mundo desconocido, y la presunción de ser relativamente moderna la apertura del estrecho de Gibraltar, concluíase que las comunicaciones entre ambos hemisferios se habían dado en lo antiguo, y solamente causas accidentales, por el momento inexplicables, pudieron contribuir a entorpecerlas.

Con esto quedaron consignadas en resumen algunas hipótesis, a cuyo alrededor debía circunscribirse más tarde una gran parte del debate científico. Cuatro fueron las principales de ellas; a saber: — que América estuvo originariamente unida al antiguo continente, del cual fue separada por una convulsión de la naturaleza; — que algún barco extraviado de su rumbo pudo ser arrojado sobre la costa americana, comenzando

nuestra población con sus náufragos; —que la semejanza de ciertas costumbres entre los pueblos americanos y algunos otros del Asia, autorizaba a atribuirles un origen común; —que los ritos y prácticas religiosas de ciertos pueblos de América, denunciaban comunidad de origen con las religiones positivas del viejo mundo.

Mas como quiera que estas observaciones fuesen contestables, exentas como estaban de testimonios fehacientes que las abonasen, se hizo gracia de su verosimilitud, por los partidarios de la doctrina que negaba a los americanos el origen común con los demás pueblos del mundo. Sustituido el candor con que se dio asidero a las primeras narraciones, por un escepticismo ciego, levantaron a cada presunción un obstáculo, ora pidiendo que se señalase la parte por donde estuvo unido el nuevo continente al viejo, o que se enseñasen los resquicios del barco naufragado, o se diese cuando menos la prueba auténtica de la vinculación de los pueblos descubiertos a cualquiera de las religiones practicadas entre los otros. Incorporáronse a estos inexorables críticos, los codiciosos señores de *repartimientos* y dueños de *mitas*, y ya se comprende el interés que pondrían en segregar a los americanos de todo parentesco con la humanidad conocida. Explotando su ineptitud para asimilarse en el día una civilización de la cual distaban tantas centurias, insistiendo sobre su torpeza para manejar los complicados instrumentos que la industria europea ponía por primera vez en sus manos, burlándose del temor con que miraban a los conquistadores, cuya superioridad en la táctica, en las armas y en el arte de navegar era para ellos una revelación, llegaban escudados de un falso resguardo científico, a justificar la servidumbre de

los naturales; y para añadir todavía la impiedad al agravio, declaraban a los indios nacidos para la esclavitud, e ineptos aún para recibir los sacramentos de la Iglesia, pues cuando más se les había de administrar el bautismo.[4]

El caudal de los conocimientos adquiridos no permitía pasar adelante en la investigación, de manera que fue aquí donde se detuvieron los escritores del siglo XVI, a cuyo frente se destaca la figura gloriosa de Las Casas, encabezando la escuela humanitaria cuyos esfuerzos se enderezaban a reivindicar la dignidad del hombre, cualquiera fuese su puesto en la escala de la civilización. La escuela contraria, dominada por la esperanza de lucro a cualquier precio o por las influencias de un escepticismo grosero, tendía a desheredar de sus atributos naturales a millones de seres, cuyo delito único era vivir en un grado inferior de progreso social. Y por tal modo deslindadas las posiciones, a los que consideraban la enseñanza del ignorante como un deber y elevaban la pobreza a una condición respetable, les parecía el colmo de la ignominia condenar a la esclavitud un mundo, porque estaba poblado de ignorantes y pobres. La gloria de Las Casas y su escuela consiste en haber elevado a principio de gobierno y regla de conducta la noción de la solidaridad humana, en tiempos tan adversos a su comprensión, y

4 Colón fue de los primeros en pagar tributo a esta indiferencia por la libertad de los indígenas, como se deduce del siguiente pasaje de un historiador antiguo. "Estava tan contenta y cuidadosa la Católica Reyna Doña Isabel del buen trato destos sus nuevos vassallos, que entendiendo que Colón avía dado un Indio al Licenciado Casaus, que avía de bolver en el segundo viage con él, le embió á reprehender, diziendo: Que quien le mandava disponer de sus vasallos? que los avía de tratar y tener como á hijos". (Fernando Pizarro y Orellana, *Varones ilustres del Nuevo Mundo; Vida de Colón*).

por eso serán siempre honra de su patria adoptiva y orgullo de su patria española.

Mientras se hacían de público las investigaciones enunciadas, otros trabajos concordantes al mismo fin verificábanse en la soledad de los países americanos, por los misioneros encargados de reducir sus poblaciones a la cristiandad. Promediando el siglo XVI, empezaron los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios a estudiar los idiomas y costumbres de los indígenas, y durante el siglo XVII, con la cooperación de los jesuitas, aquel trabajo llegaba casi a la perfección en lo que se refiere a los principales idiomas, cuya índole gramatical fue dominada. Con este motivo se revelaron analogías y concordancias sorprendentes entre el habla de los habitantes de uno y otro hemisferio, abriéndose inesperado camino al estudio de la cuestión de origen.

Que ha existido un lenguaje universal, es innegable. Aun cuando el hecho no estuviera revelado, la simple razón lo denunciaría, basándose en el proceso de la concepción mental y en la estructura de los órganos de la voz. Necesidades primarias y raciocinios equivalentes a ellas, deben haber contribuido a formar el caudal de un vocabulario común entre los primeros hombres, hasta que la emigración y la industria, ampliando aquélla los horizontes visibles, y creando ésta incentivos más complicados a la actividad, inventaban términos adecuados a traducir las nuevas ideas que se iban elaborando. La condición uniforme de la sociedad humana en sus períodos más rudimentarios, robustece esa creencia, pues no puede concebirse que usos y costumbres, instituciones e industrias, necesidades y propensiones iguales en todas partes, hayan dejado de tener una terminología común que las expre-

sase del mismo modo mientras permanecieron inmutables.

El hombre se manifiesta al exterior por la inteligencia y la acción, o sea por la palabra y el hecho. Remontándonos a los primitivos testimonios que esta doble manifestación nos ha dejado, encuéntrase todo un orden de documentos prehistóricos que acusan perfecta identidad de lenguaje y aptitudes industriales en los períodos de la infancia humana. El *tatuaje* de los individuos y la ornamentación de su cerámica, que son los pródromos de la escritura y el dibujo actuales, afectan la misma sencillez durante el período inicial de la sociedad, doquiera se encuentren sus vestigios. A medida que se acentúa el adelanto de las ideas y el progreso paralelo de las necesidades, complícase a la vez la expresión gráfica con que se pretende perpetuar su recuerdo, y así el tatuaje como el grabado abandonan las formas inocentes, para representar simbolismos que llegan al jeroglífico. De la misma manera, las armas y utensilios de las sociedades primitivas, se identifican entre sí, durante ciertos períodos que la ciencia ha podido clasificar dentro de un orden numérico, y no solamente acusan esa identidad por su forma y destino, sino por el material empleado en su confección.

De aquí se deduce, que la inteligencia y la acción de los primeros hombres, se manifestaron por las mismas palabras y los mismos hechos generales en la infancia de la sociedad, y si las divergencias actuales parecen contradecir la afirmación, testimonios vehementes no hacen más que confirmarla. El paladar, la lengua y los dientes, no han sufrido modificaciones de estructura que alteren sus propensiones naturales, como los pies y las manos no las han sufrido tampoco,

en una extensión que supere la habilidad conquistada por el ejercicio. Es cierto que muchos pueblos de la raza africana y sus descendientes del Brasil, acostumbraban y acostumbran a mutilarse la dentadura, sea para soportar los zoquetes de madera o resina colgados a sus labios, sea para dar a los incisivos forma de dientes de pescado, lo cual refina el silbido de la pronunciación. Cierto es también que las mujeres salvajes del Uruguay, acostumbraban a mutilarse las articulaciones de las manos, lo cual debía entorpecer su uso corriente. Pero en uno u otro caso, la índole del órgano mutilado permanecía invariable, y mientras alentase, la producción de sus funciones era fatal. Esta propensión lógica explica por qué los niños de todos los países y razas tienen un lenguaje común para designar las personas y cosas que fijan su atención primera, como explica también la pericia rudimentaria de los salvajes de todas las procedencias, para construir en una época dada y bajo un plan uniforme, sus armas de guerra y utensilios de industria.

Los órganos de la palabra, destinados desde su principio en la parte que les corresponde, a formularla y emitirla, debieron llenar esa función por el procedimiento ingénito a sus medios propios. No es aventurado afirmar entonces, que conforme a la lista de sus necesidades morales y físicas y a la visión de las cosas creadas, tuvieron los primeros hombres un vocabulario común, hasta que el tiempo y las emigraciones, al extenderlo por los ámbitos de la tierra, lo adulteraron diversificándolo. De ese idioma primitivo quedaron subsistentes las exclamaciones de dolor o de placer, las interjecciones, los calificativos familiares, las alusiones a la Divinidad, las voces derivadas de los ruidos de la naturaleza, acusando todo ello el testimonio

de una fraternidad lejana que se remite a la infancia de los pueblos, como se remiten nuestros procederes actuales a las impresiones recogidas en el tráfago infantil.

La distancia mediante entre las agrupaciones segregadas, influyó en la conservación más o menos copiosa de ese caudal de términos comunes. Mientras la efectividad del trato fue hacedera, el idioma no sufrió modificaciones considerables, pero a medida que el alejamiento opuso dificultades, alteróse necesariamente la terminología habitual. Nuevas exigencias, elevando o deprimiendo los usos y costumbres, desvanecieron el primitivo cuño de la civilización adquirida, no sólo en lo relativo a las exterioridades visibles, sino también en las aspiraciones y las creencias. Los pueblos que llegaron hasta las costas del mar, y traspasaron sus lindes para agruparse primeramente sobre los archipiélagos próximos, y derramarse de ahí sobre la tierra firme inmediata, fueron los mayormente expuestos a cambios sensibles. Emigraban con su antiguo lenguaje y sus ídolos, pero los accidentes de la excursión, el cielo y el clima de la patria elegida, inspiraban simbolismos nuevos y otras palabras que las usuales para perpetuar lo acontecido. De ahí esa mezcla confusa y extraña de ritos y términos concordes, entre pueblos cuya lejanía respectiva inclinaba a atribuirles una filiación distinta.

Estudiando los monumentos jeroglíficos, así como las tradiciones e ídolos americanos, encontraron los sabios del siglo XVII una confirmación de esta verdad. Desde las islas de Santo Domingo y Cuba, hasta el interior del Perú y Méjico, ídolos de nombre idéntico a otros similares de China y Japón, terminaciones asiáticas y palabras griegas y hebreas mezcladas al lengua-

je en uso, hicieron sospechable un origen recíproco entre aquella agrupación de pueblos tan distanciados. El carácter invariable de las lenguas japonesa y china, y la condición pura de las razas que las hablaban, dio fundado asidero a la creencia en una corriente emigratoria venida de aquellas regiones en tiempos remotos, a poblar el suelo americano. Indicios no menos apreciables, constituyeron testimonio a favor de evoluciones análogas en el orden migratorio de otras razas del viejo continente.

Prestábanse los idiomas mejicano y peruano a largos experimentos en tal sentido, presentando raíces y terminaciones que denunciaban su entronque con las lenguas madres. Así, las terminaciones mejicanas en *suma* y *zuma*, resultaron japonesas, y el nombre Moctezuma que de ellas se deriva, aparece en las cartas del Japón, aunque escrito en esta forma: *Montezuma*. La palabra griega *Theos* (Dios), servía en el idioma mejicano a casi todos los nombres y designaciones atingentes a la religión, empezando por Dios mismo a quien llamaban *Theos*, y siguiendo por la Iglesia a la que llamaban *Teupán* (lugar de Dios), al sacerdote a quien llamaban *Theopisqui*, al sacristán que decían *Theutlacasa*, a las festividades religiosas (*Theutxiutl* (fiesta de Dios), al mar *Theoatl* (agua de Dios). Entre los peruanos las palabras griegas *Tata* y *Mama*, servían a los hijos para designar respectivamente el padre y la madre. El nombre hebreo *Ana* (graciosa o misericordiosa) lo usaron algunas reinas del Perú y Méjico (Ana-huarqui, Ana-caona), quienes precisamente se distinguieron por su amor a los desheredados de la fortuna. [5] Junto a estos ejemplos, pudieran

5 Fray Gregorio García, *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*, libs III y IV.

citarse otros varios, no sólo en lo que respecta a las lenguas dichas, sino también a la fenicia y sus derivadas.

Si el estudio de los idiomas se prestaba de suyo a semejantes conclusiones, combinándolo con el estudio de las tradiciones, costumbres y creencias, debía proyectar mucha luz sobre el origen de los principales pueblos americanos. Fue, pues, escrupulosamente estudiada de nuevo esa triple manifestación de su vida, y por más de un concepto se ratificaron las afirmaciones de los escritores del siglo anterior. Encontróse entre los salvajes de América la tradición completa del Diluvio, y paralelamente el bautismo y la circuncisión, el casamiento y la poligamia, un concepto claro de la Divinidad, y la noción de recompensas y penas después de la muerte. Pero la contradicción de estos datos complicó otra vez el asunto. Cada cual tuvo su preconcepto favorito para remontarse al origen definitivo de la población indígena, y sobre si descendía de japoneses o judíos, se escribieron largos tratados. Volvió, por tal motivo, a detenerse el progreso científico.

El cansancio de una controversia tan laboriosa, y la muerte de los más conspicuos caudillos, fue raleando el campo de los contendores hasta dejarlo desierto. Acontecimientos en su principio ajenos a la cuestión, vinieron empero a removerla durante el siglo XVIII. Juan Jacobo Rousseau en fuerza de alabar al hombre de la naturaleza, puso de moda los estudios protohistóricos, que lógicamente llevaron a los escritores sus contemporáneos a disertaciones más o menos exactas sobre el hombre americano primitivo. Empeñada la polémica con ardor, se sostuvo hasta que la expulsión de los jesuitas dio gran incentivo al debate, avi-

vado por los escritos en que aquellos sacerdotes pintaban el estado social de las poblaciones reducidas y civilizadas por ellos. Sin embargo, la opinión científica no se desprendió todavía de preocupaciones muy raras. Adújose que los indígenas, si bien ágiles para correr, estaban destituidos de fuerza corporal; que carecían de barbas y tenían el cabello largo como las mujeres, lo que demostraba la debilidad de su constitución física; que las mujeres eran infecundas, y que la unión sexual de las razas europeas y americanas producía un tipo degradado. Generalizando de esta suerte sobre todo el Continente, defectos accidentales emanados de una causa local, olvidaban los opinantes, según lo observó un naturalista célebre, que si en las tierras bajas de América, el calor tropical, la humedad del clima u otras causas, podían ser contrarias como lo eran en Europa al desarrollo completo de la raza, en cambio bajo climas mejores o tierras más altas, los habitantes de la América septentrional y meridional eran hombres nerviosos, robustos y más valientes de lo que permitía esperar la inferioridad de sus armas con respecto a los europeos. [6]

A no haber sido tan excluyentes las preocupaciones políticas del siglo XVIII, ninguna época más apropiada a estudios experimentales sobre el origen de las razas. Wood escribía hacia 1753 su célebre libro sobre las ruinas de Palmira, y desde 1738 a 1750, fueron sucesivamente descubiertas las ruinas de Herculano y Pompeya en Europa, y las del Palenque y otras en América, aumentándose este caudal con el descubrimiento de los *Mounds* en los Estados Unidos, que

6 Buffon, *Œuvres complètes,* tomo IV: *Variétés dans l'espèce humaine.*

Carver y Harte señalaron respectivamente de 1776 a 1791. Pero el trabajo de investigación sobre tesoros tan grandes, no correspondió a su magnitud, quedando ellos como de reserva para tiempos más serenos. Siglo de erudición historial y filosófica, el mayor concurso que prestó a la aclaración de los orígenes americanos, fue depurar los argumentos en litigio, sometiéndolos a un rigorismo metódico. Aceptó cuanto había de aceptable en las conexiones de lenguaje y costumbres, y en las disposiciones geográficas que indicaban el pasaje posible de las tribus emigrantes de un continente a otro, pero no fue más allá.

Las consecuencias finales de sus trabajos al respecto, se resumen en la siguiente serie: 1º América no ha sido poblada por nación alguna del antiguo Continente, que hubiese hecho progresos considerables en la civilización, puesto que a ser así, los americanos a la época del descubrimiento habrían conocido ciertas invenciones sencillas que han nacido casi con la sociedad en otras partes del mundo y no se pierden una vez conquistadas, tales como el arado, el telar o la fragua. —2º Tampoco puede establecerse que América haya sido poblada por colonia alguna de las más meridionales del antiguo Continente, que no tenían ni la audacia, ni la industria, ni la fuerza para inspirarse en este deseo, ni los medios de practicar tan largo viaje. — 3º Cuando un pueblo ha experimentado las ventajas que proporcionan a los hombres en sociedad los animales domésticos, no puede subsistir sin los alimentos que saca de ellos, ni continuar su trabajo sin su auxilio; entre tanto que a los americanos les eran tan desconocidos el camello, el dromedario, el caballo y el buey, como el león y el elefante, lo que prueba evidentemente que el primer pueblo que se estableció en

el mundo occidental, no venía de países en que abundaban estos animales. — 4º Si bien las regiones americanas situadas bajo los trópicos o cercanas a ellos, están llenas de animales indígenas distintos de los que se ven en las partes correspondientes del antiguo hemisferio, las provincias septentrionales del Nuevo-mundo están pobladas de animales salvajes comunes a las partes del viejo Continente situadas bajo las mismas latitudes, tales como el oso, el lobo, el zorro, la liebre, el gamo, el corzo, el búfalo y otras muchas especies que abundan en los bosques de América septentrional así como en los del norte de Europa y Asia; lo que parece demostrar que los dos continentes se aproximan entre sí por esta parte, y están unidos o tan inmediatos que estos animales han podido pasar del uno al otro. [7] De lo cual se sigue, que el pasaje de los animales supone la posibilidad del pasaje de los hombres; y que a tener en cuenta las tradiciones de los mejicanos sobre la figura, costumbres y manera de vivir de sus antepasados, provenientes, según ellos, de un país muy remoto situado al nordeste de su imperio, todo parece indicar que los primeros pobladores de América son originarios de alguna tribu salvaje de tártaros.

Hasta aquí el resumen de lo que el siglo XVIII investigó respecto al origen del hombre americano. La importancia de esa disquisición consiste en el rigor metódico, puesto que en lo demás no tiene novedad. Pertenece a los dos siglos anteriores, la enunciación de la hipótesis de las emigraciones del viejo continente al nuevo, y el descubrimiento de los indicios filológicos destinados a comprobarlas en gran parte. El espíritu

7 William Robertson, *Historia de América*, tomo II, lib. IV.

crítico de los polemistas del siglo XVIII, no hizo más que depurar la argumentación, sometiéndola a un criterio analítico que examinaba por su orden cada uno de los datos aducidos y les daba la colocación conveniente. Pero con carecer del mérito de la novedad, el trabajo aludido constituía un progreso, como que toda cuestión bien planteada importa la mitad del problema resuelto.

El espíritu de nuestro siglo, informado por los grandes descubrimientos científicos que a justo título nos enorgullecen, permite adelantar los datos adquiridos hasta la altura de una demostración. Si el siglo XVIII, poniendo a concurso la filosofía y la historia en su expresión más elevada, hizo visible la posibilidad de un origen común entre los hombres, el siglo XIX, arrancando al suelo y al mar el hilo de las excursiones de la humanidad al través de los más remotos tiempos, transformó aquella posibilidad en certidumbre.

Enumerados por su orden los fundamentos que concurren a fijar el criterio científico sobre este punto, ellos resultan decisivos. Opiniones muy contestes admiten que América fue poblada en sus primeros tiempos por asiáticos, basándose no sólo en las tradiciones de los mejicanos, sino también en la inclinación de las corrientes marinas, en la ruta seguida por las emigraciones, y en la antigüedad de los imperios que se despoblaron por las épocas post-diluviales. Al Asia pertenecía la mayor aglomeración de gentes en aquella fecha, y del Asia debían venir necesariamente las caravanas errantes de familias y pueblos que escapaban a la guerra o al hambre. La casualidad también influyó en algunas de estas emigraciones, producidas por accidentes ajenos a la voluntad de los navegantes, que fiándose al arte rudimentario de su tiempo, eran arras-

trados a veces, como lo son hoy todavía, a las distancias más impensadas.

Para dar una filiación remota a estas conjeturas, no ha faltado quien las dedujese de las primitivas tradiciones escritas de la humanidad; pero sin ir tan lejos, puede afirmarse que todos los tiempos son apropiados para descubrimientos marítimos, y mucho más los antiguos, en que resultaban los pilotos esclavos de las circunstancias. Porque no debe olvidarse que las corrientes del mar, el viento, la falta de datos positivos en qué apoyar un derrotero seguro, el afán de buscar al tanteo en medio de la tempestad un refugio para librarse de sus iras, han sido factores principalísimos para lanzarse a desconocidas latitudes. Que ni los fenicios ni los cartagineses debieron a otra circunstancia su alejamiento de las costas, ni los portugueses mismos con toda la ciencia de su tiempo arribaron al Brasil sino por casualidad.

Hay un dato que previene contra la decantada ignorancia de los antiguos en punto a navegaciones. Como el principal incentivo era el monopolio del comercio, guardaban sobre los viajes marítimos absoluto secreto. Se sabe hoy, que tanto los fenicios como los cartagineses, no sólo navegaban de incógnito, sino que mentían sobre la dirección de sus viajes, fraguando relaciones de peligros horrendos para amilanar a sus contemporáneos y excluirles de toda concurrencia. Había según ellos, además de precipicios mortales más allá de las escasas distancias familiares al vulgo, monstruos de todo género que devoraban los hombres y los barcos. Estas adulteraciones, elevadas a sistema, retrasaban naturalmente la difusión de los conocimientos, haciendo patrimonio de unos cuantos el arte de navegar fuera del arrimo de las costas. Agregábase a ello,

la existencia de penas severas aun para los mismos pilotos y sus tripulaciones, de modo que al retorno de cada viaje, cualquiera imprudencia que se prestase a una revelación, costaba la pérdida de la vida. Piensan muchos que a tales precauciones se debe el conocimiento tardío sobre la aplicación de ciertos instrumentos náuticos, pues se da como seguro, que, sino la aguja de marear, el astrolabio, cuando menos, era de antiguo conocido y usado.

Los hechos históricos más recibidos, autorizan a suponer muy verosímiles estas inferencias. De otra manera no se explica la conducta a largas distancias de flotas navales como la que llevó Sesostris a la conquista de la India, y César a la de Inglaterra; ni expediciones como las de los chinos al Cabo de Buena Esperanza, partiendo del Golfo Pérsico. Como quiera que se tomen las conjeturas sobre el conocimiento que de algunas partes de América debían tener ciertos pueblos antiguos, es llano que la razón ilustrada por los hechos se inclina a darles asidero, supuesto el orden natural de las exploraciones y conquistas intentadas en aquellos tiempos. Una objeción puramente afectiva, por decirlo así, de admiración y galantería, mantiene hasta hoy perplejo el común sentir de las gentes sobre este tópico, temerosas de robar a Colón, transfigurado y radiante por la epopeya, una parte de su merecida gloria. Es más bello sin duda suponer al grande almirante primero y único de los hombres que cruzó mares desconocidos, rompiendo las olas vírgenes con la quilla de sus carabelas, antes que darle predecesores en su empresa temeraria; pero destarada la poesía, y sin mermar los justos títulos adquiridos por el inmortal genovés, debe dejarse a la investigación historial todo el ensanche que sus derechos reclaman.

Ni pudiera ser de otro modo, a menos de cerrar los ojos a la luz. Medidas las distancias y sondeados los mares, resulta hoy comprobado que América se acerca por tres puntos al antiguo Continente, ofreciendo el arribo a sus costas, mayores facilidades que a otros puntos del hemisferio donde llegaron expediciones navales en tiempos de infancia para la navegación. Menor de 600 leguas marítimas es la distancia entre el cabo nordeste de Islandia y las costas del Labrador; lo mismo que la que media entre Africa y las tierras brasileñas; Noruega e Islandia no están separadas de Groenlandia más que por 260 leguas. Y para decirlo todo, a los 65°50' lat., el estrecho de Behring, desde el cabo del Príncipe de Gales hasta el de Tschowkotskoy, no ofrece otra distancia que 44 millas geográficas entre el Continente americano y el asiático.[8] A distancias iguales se alejaron en lo antiguo muchas expediciones, y consta que a distancias mayores arrojó la tempestad flotas caídas bajo su azote. Las emigraciones provenientes de las guerras y despoblación de los primeros imperios, buscaron acosadas por la persecución y el hambre, locales más alejados de su asiento ordinario que los que acaban de nombrarse, y la tierra americana, distante sólo 44 millas del viejo Continente, y a la cual podían arribar, sea surcando de una vez esa distancia, sea conduciendo sus barquichuelos de isla en isla desde la Tartaria o el Japón, sin estar en el Océano más de dos días, no debía ser la única olvidada. Estos raciocinios inducen a creer que el descubrimiento de América se verificó por aventureros muy anteriores a Colón y sus tiempos. Los no-

8 George Bancroft, *Histoire des Etats Unis*, tomo IV, cap. XXII.

ruegos y normandos reivindican para sí, con títulos de positiva importancia, su prelación a ser considerados entre este número, y datos fehacientes indican que los japoneses han sido forzosamente arrastrados, no una vez, sino muchas, a las costas americanas.

Por otra parte, coincidencias singulares refuerzan la presunción de haberse poblado nuestro suelo con elementos de procedencia asiática. Las dos fases que presenta la civilización prehistórica americana, coinciden con la que presentaba la civilización asiática en el momento de sus dos grandes emigraciones clásicas. Los pueblos dispersos de las llanuras del Sennaar, llevaron por doquiera hordas famélicas en estado de barbarie, constituyendo la primera emigración de carácter universal. Una segunda emigración ocurrida el año 544, cuando la ruina de la dinastía de los Tsin volvió a revolucionar el Continente asiático, tuvo un carácter tan general y espontáneo como la primera, pero se compuso de gentes cuya cultura relativa era muy superior. Ahora bien: los indicios de este doble movimiento emigratorio, aparecen caracterizados en América, por la barbarie de los pueblos nómades y por la civilización de los pueblos sedentarios cuyas ruinas atestiguan un concepto más elevado del bienestar social.

Es evidente que ha habido exageración en las teorías inventadas para explicar el asiento de las razas asiáticas en América, llegándose hasta arreglar una cronología especial que hace a los Incas peruanos descendientes de un hijo de Kublai-Khan, emperador mongol. También han sido explotados con acierto discutible los progresos del budhismo, atribuyéndole la civilización mejicana. El deseo de llegar a conclusiones novedosas ha precipitado a más de un escritor, arrebatán-

dole hasta la esfera de las extravagancias donde el ingenio se sostiene a duras penas. Pero ciñéndose a la realidad estricta, es lo cierto, que el estudio de las corrientes marinas del Japón y los hechos observados durante un siglo casi, demuestran que en la antigüedad, lo mismo que hoy, transportes navales de cualquier especie han podido y pueden ser arrastrados con la mayor facilidad de Asia a América. [9] Demostrado satisfactoriamente el hecho, cesa toda duda sobre su posibilidad. Si en los modernos tiempos las corrientes marinas del Asia arrojan a distancias considerables y sobre las costas americanas barcos de pescadores y flotillas de otro género, no hay razón atendible que se oponga a que en la antigüedad sucediera lo mismo.

La adquisición de estos datos irrefutables, elimina el mayor obstáculo a la creencia en emigraciones del viejo Continente al nuevo. Desde que la casualidad y los medios usuales, la necesidad y el deseo, se combinaban para allanar inconvenientes, toda sospecha en contrario redunda contra la naturaleza de las cosas. Aún puede objetarse a los que oponen el argumento de haber sido el mar una barrera infranqueable, que dicho argumento se retuerce contra ellos mismos aplicándolo a la dificultad. Porque, siendo el mar cuando está cercano, camino preferido de los pueblos bárba-

9 Es concluyente al respecto, la siguiente estadística que da Nadaillac hablando de las corrientes japonesas: "De 1782 à 1876, quarante-neuf jonques ont été entraînées par ces courants à travers le Pacific, dix-neuf ont fait côte aux îles Aleutes, dix sur les rivages de la presqu'île d'Alaska, trois sur celles des Etats Unis, deux enfin aux îles Sandwich. Récemment encore, une jonque japonaise entraînée par les flots, a été découverte par un navire anglais, non loin de la Californie, et une bouée recueillie sur la côte ouest de l'Amérique a été reconnue pour une de celles que les Russes avaient placées à l'embouchure de l'Amour" (*Amérique préhistorique*, cap. X).

ros, más aptos para deslizarse sobre las ondas que para franquear tupidos bosques cuya entrada requiere los esfuerzos combinados de la paciencia y el hacha, por el camino del mar debieron lanzarse las emigraciones mayormente urgidas de encontrar nuevas tierras. Cuando menos, esta suposición es muy lógica en lo que se refiere a la senda trillada por la mayoría de los pueblos de la antigüedad al dispersarse sobre el globo terráqueo.

Mas ello no obstante, el caso permanecería en los dominios de la hipótesis, si a los indicios suministrados por el mar no se juntasen los que fornece la tierra. Juzgado el hombre en sus propensiones naturales, todo confirma su tendencia andariega, y exhibidos los medios favorables a la práctica de esa tendencia, es razonable pensar que los aprovechó para sus emigraciones. Pero si esta suposición se fundamenta, entonces la evidencia recobra sus derechos, pues ya se trata de una verdad conquistada y no de un mero supuesto. La arqueología, examinando las ruinas esparcidas sobre el suelo americano y desenterrando los esqueletos, las armas y los utensilios sagrados y profanos de las razas muertas, ha encontrado la fraternidad de origen que buscaban los sabios de otros tiempos por el camino de la especulación pura.

El estudio de las ruinas del Palenque, Ococingo y Yucatán, ha exhumado en Méjico una civilización sedentaria, muy anterior a la que encontraron los españoles al apoderarse de aquel país. Dichas ruinas, que ya lo eran cuando Cortés y Moctezuma debatían por las armas la posesión de la tierra, presentan vestigios arquitectónicos de una similitud notable con las construcciones asiáticas y egipcias de la misma índole. Las paredes de piedra de sus palacios cubiertas de jero-

glíficos, los bajo-relieves, columnas y estatuas, ya acomodándose a una procedencia, ya a otra, denuncian un origen común con aquellos pueblos del Continente antiguo.[10] Bien que la fusión de dos órdenes arquitectónicos distanciados entre sí, como lo son el africano y el asiático produjera en un principio perplejidades entre los anticuarios, se ha explicado después el hecho, atribuyéndolo a la fusión de las gentes que se radicaron en la tierra. Porque habiéndose verificado las emigraciones según la necesidad del momento, cada grupo debió recoger en su marcha elementos dispersos que se le plegaban, y aun después de establecido dentro de una ubicación fija, nuevos contingentes venidos de otros pueblos, debieron mezclarse a los que ya tenían residencia propia, dando así unidad a aquella civilización cuyas exterioridades reflejan el recuerdo de cada una de las razas que contribuyó a fundarla. Los pueblos del Río de la Plata, cuya arquitectura responde a tantos tipos como procedencias tienen los habitantes de sus ciudades, no han de encontrar la explicación deficiente.

Descubrimientos análogos en los Estados Unidos, testifican la existencia pretérita allí de razas cuyo nombre se pierde entre las brumas de su propia antigüedad. Los *maunds* o montículos artificiales de tierra, que extendiéndose sobre gran parte del territorio de aquella nación, salvan los límites de Méjico, son construcciones que en su mayor número, al decir de ingenieros competentes, requerirían el esfuerzo de millares de obreros modernos provistos de todos los recursos

10 William Prescott, *Historia de la conquista de Méjico;* tomo IV, apénd. Parte I. — Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique;* tomo I, libro I, cap. III. — Manuel Larrainzar, *Estudios sobre la Historia de América, sus ruinas y antigüedades;* tomos I, III y V.

de la industria actual. La clasificación más admitida de estos monumentos, los divide en cinco órdenes, a saber: obras de fortificación, recintos sagrados, templos, lugares de sacrificio y cementerios o cerros tumbales, variando sus dimensiones entre 12 pies de alto por 36 de diámetro, hasta 91 pies de alto con una base de 560 por 720 pies. En cuanto al hombre, constructor o habitante de estas eminencias, se han encontrado en el seno de ellas, y a menudo revueltos en el mismo sudario, cráneos de tipo caucásico con cráneos de tipo negroide, y como para justificar esta conmixtión de procedencias, objetos representando la cruz, símbolo de la eternidad entre los egipcios, y el elefante y el *phallus,* símbolos de adoración asiática. Hachas, cuchillos y flechas de sílex, mezclados con objetos e instrumentos de cobre, remontan aquella civilización a la Edad de Piedra, aun cuando su cerámica, en la cual vuelven a darse nuevas trazas alegóricas de un origen promiscuo, sea superior a la europea de la misma fecha.

Al lado de esta civilización extraña, cuyos autores, a falta de nombre conocido, llevan en la ciencia el de *mound-bilders* (constructores de montículos), aparecen los vestigios de otra, que salva también como ella los límites del territorio yanki para internarse en el mejicano, y viceversa. Construcciones ciclópeas, que agrupan ciudades de piedra sobre repechos y cimas casi inaccesibles, caracterizan la existencia floreciente de esta otra raza clasificada por los modernos con el nombre de *cliff-dwellers* (habitantes de las rocas). Ignórase si los propulsores de tan atrevida dinámica, eran sucesores o contemporáneos del hombre de los montículos; pero de cualquier modo, una y otra raza, después de haber señoreado los territorios del Norte,

invadieron el Centro y el Sur de la América, dejando en las ruinas de Guatemala y el Perú, la huella indeleble de una larga y definitiva estadía.

Mas esta excursión paralela, que según todos los datos, fue anterior al dominio de los Incas en el sur, se detiene en las fronteras del Brasil, cuyos territorios ya no dan asiento a los monolitos colosales, a los arcos y habitaciones formidables con que atestigua su posesión del suelo una de las razas invasoras. Parece evidente que los *cliff-dwellers* hicieron alto en la orilla opuesta del Amazonas, adoptándola por límite de su peregrinación sobre la tierra americana. En cambio, descubrimientos recientes autorizan a opinar que los *mound-bilders* procedieron de otro modo, extendiéndose, al parecer sin rivalidad, por toda la región comprendida entre el Amazonas y el Plata, cuyos valles y riberas poblaron de construcciones más o menos uniformes, pero correspondientes al padrón de su singular arquitectura.

La arqueología brasileña suministra datos muy satisfactorios sobre este punto. Aparte de lo que revela el estudio de la *jade*, piedra originaria de la India y la China, que se encuentra pulimentada y bajo el nombre de *piedra verde* del Amazonas, sirviendo de adorno facial a multitud de tribus salvajes brasileñas, la excavación de diversos montículos artificiales, y especialmente los llamados de *Marajó*, atestigua la entrada en tiempos primitivos al Continente del sur, de las razas africana y asiática. La cerámica de Marajó, exhibe una variada colección escultural de cabezas, representando desde el más perfecto tipo japonés, hasta el tipo deprimido y feo de algunas de las esculturas pre-

históricas mejicanas.[11] Otras correlaciones, ponen esta cerámica, en cuanto a los ídolos se refiere, en parentesco estrecho con la fe de los *mounds* de los valles de Mississipi y Ohío, encontrándose además en ella, como en la de California, Costa-Rica y Chilicote imágenes phallomorfas, aun cuando en número más abundante. Seis cuadros de caracteres simbólicos de los *mound-bilders* de Marajó comparados con igual número de los usados en Méjico, China, Egipto e India, arrojan similitudes considerables entre sí.

El movimiento expansivo de esta raza invasora, ha dejado también sus huellas en el Uruguay, sobre cuyas riberas se encuentran montículos artificiales que la piqueta del arqueólogo empieza a remover. Exploraciones verificadas en los territorios de *San Luis*, departamento de Rocha, determinaron una cantidad considerable de aquellas construcciones, cuya medida común es de 8 a 10 metros de alto, por 15 a 25 de diámetro. La capa superficial de los pocos montículos excavados hasta ahora, es de tierra dura y compacta, generalmente cubierta de talas, coronillas o palmeras, siguiéndose luego el relleno de tierra negra en polvo, con interpolaciones de tierra roja quemada, a manera de ladrillos o adobes. Entre el relleno y la capa exterior, hay una zona, que podría llamarse de esqueletos, donde se han extraído varios, íntegramente conservados: estaban en cuclillas y tenían a su alrededor restos de armas y alimentos, como también fragmentos de una cerámica muy primitiva. Mientras esto acontecía hacia el este, algo análogo ha revelado en el oeste una excavación accidental. Sobre la costa del río Ne-

11 Ladislau Netto, *Investigações sobre a Archeologia Brasileira* (ap. Arch. do Museu Nacional, tomo VI).

gro, a veinte cuadras del pueblo de Soriano, se extrajo del montículo denominado *Cerrito*, un esqueleto sepultado boca arriba, con los brazos en cruz, y rodeado de sus armas de combate. El *Cerrito* está cubierto de una capa de tierra plomiza, luego otra de escamas al parecer de pescado, y entre esta última y el esqueleto extraído, existe una capa de conchas marinas. Al contrario de lo acontecido en *San Luis*, los fósiles del *Cerrito* se pulverizaron al contacto del aire.

El conjunto de los hechos aducidos, arguye la existencia en América de una civilización primitiva, muy anterior a la que los conquistadores encontraron, y aun a la que disfrutaban los conquistados, viniendo a ser tan antiguos para aquéllos los vestigios dejados por los *mound-bilders* y los *cliff-dwellers*, como lo eran para los mejicanos, peruanos y guaraníes, sobre cuyas tierras yacían dispersos. Si a estos indicios que el suelo presenta, se unen las tradiciones locales, todas ellas contestes en afirmar la procedencia extranjera de las razas entradas al nuevo continente, así como la de los fundadores de las nacionalidades o sus civilizadores, cualquier negación al respecto se pierde en el vacío.

Mas por ello mismo, la escuela escéptica, nacida a raíz del descubrimiento, y perpetuada hasta hoy al través del debate científico, no pudiendo negar la evidencia, se refugia en la hipótesis de que las primitivas razas americanas son autóctonas, por cuanto, hecha abstracción de consideraciones accesorias, resulta siempre que las emigraciones cuyos vestigios ostenta nuestro suelo, encontraron en él, tribus que ya lo habitaban y con muchas de las cuales coexistieron. Y bien que esta objeción nada pruebe, pues con diferencia de fechas, del mismo modo pudieron arribar las primeras emigraciones como las últimas, no ha faltado quien se

arrime al argumento para declarar que la cuna de la humanidad está en América, de donde se sigue que el progreso moral y social del viejo Continente se debe al que por equivocación llaman nuevo.

Es indiscutible, que los pueblos pueden caer de la civilización a la barbarie, como lo es también, que por un cúmulo de circunstancias dependientes de la topografía del suelo o de las disposiciones geniales de raza, pueden prolongar su infancia por largos períodos seculares. Mas en cualquiera de estos extremos, el surco de lo pasado se estratifica a la materia que les rodea, demostrando por la transformación manual de ella, el grado de cultura que alcanzaron. Así, de las grandes naciones hoy desaparecidas, dan testimonio ruinas maravillosas en cuyo seno se distinguen las huellas del trabajo científico y artístico que informó los planes y depuró el gusto del genio nacional; notándose por lo contrario en las huellas dejadas por las naciones incultas, toda la pobreza de una civilización incipiente.

En el orden regular de las cosas, si el progreso moral y social de los americanos hubiera sido tan antiguo como el de los hombres del viejo mundo, Colón y sus sucesores se habrían encontrado con una civilización igual a la que ellos traían. Si hubiera sido de origen más remoto esa civilización estaría en tal auge, que en vez de conquistadores, los europeos, hubiesen sido conquistados. Suponiendo, empero, que circunstancias dependientes de la topografía del suelo o de las disposiciones geniales de raza, hubiesen prolongado la infancia de los americanos primitivos, esas causas serían visibles al observador, en la aridez de la tierra, o en su falta de comunicaciones, o en la torpeza incurable de los individuos para asi-

milarse los conocimientos que se pretendiera trasmitirles. Por último, admitiendo que causas muy anteriores a la invasión europea hubiesen influido para aplastar la civilización americana sustituyéndola por la barbarie, entonces el testimonio de las ruinas mostraría al viajero azorado, resquicios de inventos, esculturas, pinturas y artefactos que no presentía su imaginación.

Nada de esto sucedió. Por el norte, en el valle de Anahuac, centro de feracidad poblado por una raza inteligente y brava, llegaba a su apogeo la civilización primitiva con el Imperio mejicano, marchando luego en progresión decreciente hasta perderse entre los desiertos o las costas del mar. Hacia el sur, el Imperio del Perú, cuyos fértiles territorios admiraron a los conquistadores, ponía el sello a otra civilización, que se deprimía al pasar por entre los chibchas o muiscas en las regiones de la actual República de Colombia, y seguía su descenso hasta llegar al Río de la Plata y encontrarse con los charrúas, cuya grosera simplicidad podía tomarse por el último eslabón de una cadena. Dos imperios semi-bárbaros que ni se conocían entre sí, una nación inferior a ellos situada en Colombia, multitud de pueblos errantes, construcciones relativamente mediocres, ensayos tímidos en el orden intelectual, extravagancia en las costumbres, cuando no inmoralidad y crueles instintos, fue todo lo que presentaron los indígenas americanos como unidad de conjunto a sus conquistadores en el momento de ser descubiertos.

Comparando los puntos más salientes de aquella actualidad, con los antecedentes dejados por las razas que la habían precedido en el dominio del suelo, el progreso, sin embargo, era visible. Las ciudades me-

jicanas y peruanas existentes bajo el dominio de Moctezuma y Atahualpa, encerraban una civilización superior a la que atestiguan las ruinas del *Palenque* y las construcciones de los *mound-bilders* y los *cliff-dwellers*. La ferocidad de costumbres que obligara a aquellos primitivos habitantes de América a construir sus viviendas de refugio en alturas naturales o artificiales casi inaccesibles, se había dulcificado, por la edificación de ciudades en el llano, por la construcción de puentes y caminos que franqueaban en vez de obstruir las comunicaciones, y por una sociabilidad más regular, que con todos sus inconvenientes, abarcaba mayores esferas de la actividad humana. Mas no obstante esta superioridad sobre sus antecesores, estaban los americanos harto atrasados a la época de la conquista.

Ni la naturaleza, ni la dotación intelectual intervenían en esa condición precaria. Derramábanse las poblaciones, ora sedentarias o errantes, a lo largo de los ríos, en el seno de los valles o al pie de las montañas, gozando climas diversos y pudiendo aprovechar las producciones de un suelo virgen. Con todo, su progreso era rudimentario, pues los mejicanos y peruanos no habían salido de la *Edad del Bronce* y los charrúas apenas si llegaban a la *Edad de la Piedra pulida*. ¿Por qué estaban tan atrasados, poseyendo elementos tan copiosos? No se producía el hecho por insuficiencia mental, pues los progresos que alcanzaron más tarde las Ordenes religiosas del catolicismo, difundiendo con éxito entre ellos la ciencia y el arte, prueban que si los misioneros tenían la virtud de la caridad y el mérito de la constancia, los indígenas no carecían de la percepción intelectual adecuada a hacer fructíferos aquella virtud y este mérito. Tampoco puede decirse que el atraso proviniese de los obstáculos de la natu-

raleza, desde que la magnitud y abundancia de los ríos, la fertilidad de las tierras y el temple de los climas, se prestaba a todos los transportes y a todos los cultivos. Luego, pues, no estando en la naturaleza ni en la inteligencia el obstáculo a un progreso mayor, estaba en la procedencia de las razas americanas.

La tradición histórica afirma sin contestación, que el linaje humano se desparramó por primera vez sobre la superficie del globo, huyendo de las llanuras del Sennaar empobrecidas por la miseria. Fue en aquella noche de la humanidad, cuando la naturaleza y el hombre se debatían jadeantes, que los prófugos del cataclismo buscaron a tientas un albergue. En su dispersión sin rumbo, salvaron todas las distancias, semejando su azarosa correría nuevo diluvio, en que seres y cosas arrancados a su estacionamiento habitual, rodaron por el orbe, como rodaran otrora montañas y bosques, al impulso avasallador de las aguas. Acosado por la necesidad y sin más guía que el impulso de propia conservación, el hombre de los primitivos imperios llegó hasta los más lejanos confines, plantando sus lares en las superficies desiertas que por primera vez se estremecían al roce de la planta humana. Todos los continentes hoy conocidos le dieron cabida, y la constancia de una bárbara frugalidad, echó los cimientos de la sociabilidad feroz que debía templar sus arrebatos en la lucha con la intemperie.

Para reducir esa barbarie, impusiéronse los prófugos toda clase de esfuerzos, según el número sumado por cada agrupación y el lugar donde hacían alto en sus correrías. Vagando por el mundo, ora vencedores, ora vencidos de la naturaleza, algunos se extinguieron, sin dejar otro recuerdo que los *dolmens* y los *kjökkenmöddings* donde se revuelven los residuos de

sus comidas, sus huesos y sus armas, con los huesos de los animales contemporáneos; otros asentaron sus viviendas al amparo de climas y suelos propicios, y los más afortunados echaron las bases de los grandes centros de civilización que en el orden de los tiempos habían de llamarse Nínive, Babilonia, Atenas, Roma, Jerusalén, marcando al espíritu humano las etapas de su carrera. Repleta y barbarizada por igual la tierra, en aquellos centros empezó a elaborarse lentamente la nueva civilización que debía irradiar el mundo. Cada continente la recibió según se prestaba a propagarla su emplazamiento en el globo, adelantándola en la medida adecuada a esas condiciones. Por virtud de esta ley, obtuvo América en el transcurso silencioso de muchos siglos, los beneficios que una tras otra le fueron importando emigraciones sucesivas, y de ahí la diversidad de aspecto que presentan sus monumentos y ruinas.

Tal es la respuesta que el pasado da, cuando se interrogan lealmente sus secretos. Preocupaciones antirreligiosas se oponen a esta réplica de la razón y la ciencia, empeñándose en que ella favorece exclusivamente a la Iglesia católica, porque afirma el dogma de la unidad de la especie humana. Mas conviene establecer una vez por todas, que la integridad del dogma no gana ni pierde nada, con que los individuos del linaje humano reconozcan uno o varios centros de creación, puesto que es la *posibilidad* del parentesco y no el parentesco *efectivo* lo que constituye realmente la especie. Una mera cuestión de palabras divide a los contendores, confundiendo el calificativo *raza*, destinado a indicar un conjunto de individuos que heredan por medio de la generación ciertas particularidades accidentales que no alteran sustancialmente su condición

típica, y el calificativo *especie*, que indica la identidad del tipo, en cuanto a sus facilidades de reproducción y a la fecundidad indefinida del fruto proveniente de sus cruzamientos. Así, las razas negra, amarilla y blanca, se diferencian recíprocamente en sus peculiaridades accidentales, pero son idénticas en su condición específica. De lo cual puede concluirse, volviendo a la integridad del dogma, que aun cuando los individuos del linaje humano, en vez de proceder todos de Adán y Noé, perteneciesen a distintas familias primitivamente creadas por Dios en diferentes centros, todavía no dejarían de formar una sola especie, si la naturaleza de todos ellos es una misma, y tiene por consiguiente intrínseca virtud para trasmitirse de los unos a los otros por vía de natural descendencia.[12] Y discúrrase de este o de otro modo sobre el asunto, es un hecho constante, que el hombre, cualquiera sea el estado social en que se encuentre, reconoce la comunidad de origen con sus semejantes. Aquel grito de Cook al abrazarse con un salvaje en medio de las soledades de Australia, llamándole *¡hermano mío!* es el grito de la solidaridad humana, más grande y más fuerte que toda sutileza o prevención.

Bien que pudiera parecer inadecuada o difusa la disertación antecedente, ella ha sido necesaria para plantear la cuestión dentro de sus verdaderos términos. Estando como está en litigio todavía el origen particular de cada una de las naciones americanas, no hay otra puerta de salida en este laberinto que el ascenso al origen común de todas ellas, para tener un punto fijo de donde arrancar su filiación. De otra manera, el es-

12 José Mendive, *La Religión Católica vindicada*, cap. XXVI.

píritu se desvanece rastreando datos que resisten una coordinación definitiva. Sobre todo, cuando de las grandes naciones se pasa a las pequeñas, desprovistas de tradiciones comprensibles y huérfanas de toda cultura, entonces el acierto respecto de su pasado más remoto es problemático, porque si las raíces del idioma y la manifestación arqueológica de los objetos usuales denotan parentesco con tal o cual raza conocida, otros hechos inducen a destruir la suposición. Por eso corresponde señalar como el verdadero escollo que el historiador americano encuentra en su camino, la averiguación del origen del habitante primitivo de su país.

Seguramente que el Uruguay no escapa a esta regla de criterio, poblado como estaba, al arribo de los españoles, por tribus pequeñas en número y generalmente autónomas entre sí. Los que las descubrieron, combatieron y disociaron, carecían de interés científico que les impulsara a estudiarlas en sus antecedentes y costumbres, y hasta el cebo de la codicia faltaba a las expediciones militares comprometidas en una conquista tan difícil. Concuerdan, sin embargo, los primeros cronistas de estas expediciones, en que las tribus asentadas sobre el territorio uruguayo formaban una confederación que se extendía desde las riberas del Atlántico hasta donde los ríos Uruguay y Paraná se juntan, derramándose de ahí por las costas de ambos ríos, para mantener guerras, alianzas o tratos comerciales con todas las tribus del tránsito. [13]

Esto no obstante, la multitud que ocupaba el terri-

13 Ulderico Schmidel, *Viaje al Río de la Plata*, cap. VI y XI — Martín del Barco Centenera, *La Argentina Poema histórico*, cantos XIV y XXVII. — Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*, cap. VI.

torio uruguayo no era, según está comprobado, una raza aborigen, pues la habían precedido en la posesión del suelo, otras cuyos groseros monumentos denuncian su prioridad. Pero mientras revelaciones etnológicas de que hoy carecemos, no incorporen aquellos misteriosos habitantes del país a su historia, el único punto de partida es la raza que encontraron los conquistadores poseyendo el suelo, y aún ésta, por la insuficiencia de los estudios de que fue objeto cuando pudo legarse íntegro su tipo al porvenir, presenta dificultades para determinar su procedencia y origen.

Rehaciendo, empero, el proceso de una existencia tan accidentada, como son complejos los datos que la informan durante la dominación española, pueden exhumarse los rasgos más salientes del gentío que ocupaba el país cuando Solís lo arrancó al secreto de los mares. Diversas tribus señoreaban la tierra con nombres de apariencia distinta, pero en el fondo acomodados a un idioma común. Una rusticidad primaria dominaba en sus relaciones generales así como en los afectos de sus individuos, pero eran de costumbres enteras y de sobria y valerosa condición. El salvaje uruguayo aparece ante la historia como aparece una estatua desnuda en el taller de un artista, para ser materia de estudio y no incentivo a la obcenidad. Por sus aptitudes geniales, brilló como una excepción entre otras parcialidades corrompidas o feroces, y no cediendo en valor a ninguna, superó a todas por la docilidad con que se abría al trato de las gentes, siempre que la tentativa no viniese precedida de imposiciones o amenazas que lastimasen su altivez. [14]

---

14 Diego García, *Memoria de la navegación al Plata* (Nº 1 en los Doc. de Prueba). Luis Ramírez, *Carta del Río de la Plata* (Nº 2 en los D. de P.).

La mujer, compañera de este hombre, complementaba, por su carácter sufrido, las dotes culminantes de la raza. Acostumbrada al peligro y a la movilidad, huía de todo lo sedentario para no ser obstáculo a los suyos, así es que no conocía esas largas enfermedades que el refinamiento de las costumbres y las prescripciones científicas propenden a generalizar en la mujer civilizada. El parto no era para ella un incidente excepcional, y el cuidado y alimentación del nacido no perturbaba las ocupaciones de la madre. En el acto de alumbrar, echábase al agua la recién parida con su cría, y después de esta operación, la frotaba y calentaba contra el seno, mientras otras mujeres la friccionaban a ella. Este medio terapéutico de las fricciones y los baños, era la principal medicación que conocían, aplicándola a toda enfermedad en cualquiera de los dos sexos. Servíanse también en ciertos casos de la ventosa, cuya aplicación lograban chupando con fuerza la parte dolorida del cuerpo, hasta provocar la inflamación cutánea.

De casal tan enérgico debía nacer forzosamente una raza varonil, adiestrada desde la infancia a los combates más acerbos de la vida. Por ese medio adquirieron aquella serenidad de porte y aquel aplomo en el peligro, que admiró a los conquistadores, quienes poco podían admirarse del brío y la audacia ajena. La lucha por la existencia emprendida todos los días contra la naturaleza o sus semejantes, y frecuentemente contra ambos a la vez, les había dado la conciencia de su valor, sin ninguno de los agregados con que la vanidad suele afear ese don tan precioso en el hombre. No eran crueles con el vencido, ni brutales con la mujer, ni autoritarios con los pequeños. Enemigos de ser advertidos o incomodados por otros, guardaban a

los demás la consideración deseada para sí mismos, y bien que los conquistadores atribuyeran a indiferencia recíproca ese sentimiento que limitaba sus pretensiones y sus actos con relación a tercero, es evidente que en vez de indiferencia, era respeto mutuo el que se profesaban.

Que la población salvaje, descubierta por los españoles sobre el suelo uruguayo, constituía al tiempo de la conquista una entidad social con aspecto y dominios propios, es creencia uniforme de los primitivos historiadores de estas regiones, según se sabe. Pero lo que generalmente ha pasado inadvertido, es que los españoles, al declararse dueños de la tierra, la designaron oficialmente con el nombre de *Uruguay*, dando por extensión el de uno de los ríos del país a todo el territorio comprendido entre sus límites hasta las costas del Paraná, como dieron el nombre de Río de la Plata a todos los países cuya entrada franqueaba aquel caudal de aguas. Si provino esto, en cuanto al Uruguay, de que sus primitivos habitantes aplicasen por antonomasia dicho nombre tanto al río como al país, lo ignoramos, pero es lo cierto que los gobernadores del Río de la Plata, se titularon durante muchos años *gobernadores del Río de la Plata, Uruguay, Tapé o Mbiaza.* [15] De este modo, el verdadero nombre del país, que muchas veces se ha pretendido repudiar por creerlo una inventiva del localismo, tiene la más antigua confirmación histórica.

Con todo, examinando los usos y costumbres del gentío que a la época del descubrimiento poblaba el suelo, queda excluida la suposición de una nacionalidad orga-

---

15 Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán;* tomo I, libro I, cap. I (edic. Lamas).

nizada sobre las bases que tal idea despierta por sí misma. Carecían de gobierno central que regulando su acción pública, propendiese a darles sólida unidad. En tiempo de guerra, formaban las parcialidades asociadas en ese designio, una confederación con jefes electivos, que se disolvía a raíz de la paz, volviendo cada grupo al goce de su primitiva independencia local. Las necesidades de la alimentación y también las querellas intestinas, solían disociar las tribus, subdividiéndolas en agrupaciones cuyo nombre respondía tal vez a la causa impulsiva del acto realizado. Pero la residencia común sobre una misma zona territorial, y la fraternidad constante con que operaban entre sí respecto a los extraños, induce a creer en la existencia de una raza. Apurando algunos escritores relativamente modernos, el estudio de las cualidades comunes que vinculaban a los habitantes del Uruguay cuando la Conquista actuó para dominarlos, llegaron con el conocimiento de su ubicación geográfica, idioma general o aptitudes físicas e industriales, a esta misma conclusión formulada por los padres de nuestra historia en sus cálculos inductivos y referencias tradicionales. [16]

A juzgar por la más alta manifestación intelectual de los pueblos —el lenguaje— no compensaban los indígenas uruguayos con el suyo, la pobreza de su exterioridad. Hablaban un idioma cuya matriz era el guaraní, mezclado con voces extrañas, tal vez recogidas en las excursiones fuera del territorio propio, o formadas por la índole de la pronunciación peculiar a la localidad en que se vive; prevaleciendo en sus

16 Manuel Ayres de Cazal, *Corographia Brazilica*, tomo I, Nº 1. — Alcide D'Orbigny, *L'Homme Américain*, tom. II (art. Charrúa).

manifestaciones fonéticas una tendencia gutural de las más pronunciadas. De esa manera de articular nos han dejado una muestra indeleble en el uso de la *y*, que nosotros como ellos pronunciamos del mismo modo, dándola un sonido entre gutural y paladial, cuando no hace oficio de conjunción y precede a una vocal o está entre dos de ellas. En confirmación de lo dicho, basta enumerar algunas de las voces nativas incorporadas al lenguaje corriente, como *yacaré* (lagarto), *yuyo* (hierba del campo).

No eran exclusivamente imputables a nuestros indígenas, estas variaciones de forma que establecían separación aparente entre el idioma hablado por ellos y la lengua matriz, pues el caso se repetía doquiera imperase el guaraní, influyendo tal modificación en los inexpertos, para inducirles a diferenciar el lenguaje y aun el origen de las tribus que lo bastardeaban.[17] A este error de apreciación, siguió el de la ortografía convencional con que fueron trasmitidos los vocabularios, cuyo contexto, depurado y sometido más tarde a reglas científicas, no pudo eliminar, empero, el dejo de su procedencia. Fue así como el lenguaje de los primitivos uruguayos, que ya era una alteración del guaraní puro, resultó desnaturalizado todavía por los cronistas españoles al fijar muchos de sus términos en las relaciones escritas. Desde luego, sustituyeron la *r* blanda de los naturales por la *rr* castellana, y la *y* por la *ch* para designar los nombres de las tribus más conocidas, consiguiendo que éstas aparecieran con calificativos tan distanciados entre sí como charrúa, chayo, yaro y chaná, cuando en el fondo dichos nom-

17 José Guevara, *Historia del Paraguay;* libro I, § II (Col. Angelis).

bres tienen una similitud indiscutible, si se les emite con la inflexión usada por sus poseedores: yarúa, yayó, yaró, yaná.

La partícula *ya*, es primera persona plural del pronombre, y significa nosotros. Empleada en su más alto alcance designa por antonomasia una raza o pueblo, tal como cuando decimos: *nosotros*, para referirnos a los americanos, o para designar a los uruguayos. La comunidad de patria, condiciones o estado moral, requerida en castellano para vincular al que habla con el conjunto a que se refiere, es la misma que pide el guaraní en este caso. Por consecuencia, toda vez que el vocablo *ya* aparece unido a una designación individual o colectiva, aplicada a individuos o pueblos, supone en quien lo emplea, vinculación moral o material con los aludidos.

Muy diferente es la acepción y sentido del vocablo *cha*, que los españoles confudieron con el anterior. Hacía generalmente entre los indígenas este segundo vocablo, oficio de interjección, sirviendo para denotar afectos admirativos. Al emplearlo con tal fin, acostumbraban a prolongar el sonido de la última letra en esta forma: *chaa*. De manera que en su acepción común, el vocablo indicado, nunca podía referirse al individuo que lo usaba. Entre los guaraníes brasileños tenía un sentido más concreto, pues *cha* representaba la primera persona plural del imperativo, equivaliendo a decir "vosotros". [18] Puede inferirse por analogía, que una extensión parecida tuviese entre los uruguayos, pues de todos modos, el significado deter-

18 Antonio Ruiz de Montoya, *Arte, Vocabulario y Tesoro guaraní*, tomo III. — Almeida Nogueira, Esboço *gramatical do Albañee ó lingua guarani* (ap Anaes da Bib. do R J., tomo VI).

minante del vocablo, acentúa la necesidad de aplicarlo a persona distinta del que habla o con referencia a cosa no poseída o vista habitualmente.

Siguiendo las reglas gramaticales establecidas en este punto, el vocablo *cha*, agregado a cualquier otra partícula, concurre a determinar la persona u objeto que causan admiración. Así, juntándolo con la palabra *haru*, que alternativamente significa dañoso, contrario o desgastador, denota la impresión producida en el ánimo del que habla, respecto del poseedor de esas cualidades. Agregándolo a la palabra *ru*, que significa enojo, concreta igual sentimiento con relación a persona iracunda. Y juntándolo, por último, con la palabra *rua*, sinónima de ampolla o rozadura, viene a dedemostrar la misma tendencia admirativa, con relación al que es capaz de producir ese desperfecto. Luego, pues, la denominación de *charúa*, aplicada a los indígenas de ese nombre, significaba en sus diversas acepciones posibles, "los iracundos", "los que hieren", "los destructores".

Aceptado por ellos el calificativo, como no podía menos de ser, obedeciendo esa ley inflexible que somete las agrupaciones humanas a nombres que no eligen, debieron modificarlo, para aplicárselo a sí mismos, en cuanto la propiedad del idioma lo exigía. De esta circunstancia nació la diferencia entre el modo como lo pronunciaban sus vecinos o enemigos, y aquel en que lo expresaban ellos mismos. O en otras palabras: el vocablo *cha*, aplicable hablando de terceros, se transformaba en *ya*, como designación individual de los que lo agregaban a su nombre. Mientras otros podían decir *charrúas* o más propiamente *charúas*, refiriéndose á los habitantes del Uruguay, para significar "los iracundos" o "los destructores", ellos debían

decirse *"yarúas"*, es a saber: "somos iracundos", o "somos destructores".

Pero la mala inteligencia que informó el contexto de los vocabularios, no se hizo sentir solamente en la designación de las tribus, sino también en la ortografía de las palabras. La consonante *s*, por ejemplo, una de las pocas que usaban los naturales para formar principio de dicción, como en *sarandí* (especie de saúco), o *surubí* (pez de los grandes ríos), fue adulterada transformándola alternativamente en *c* o en *z*, modificación que al quitar a las palabras de esa índole el carácter silbante de su emisión propia, introdujo en el vocabulario indígena dos consonantes que jamás existieron, y que nosotros mismos repugnamos acentuar en el discurso hablado, bien que las empleemos en la escritura.

Estas alteraciones, por nimias que parezcan, tuvieron influencia señaladísima en los errores geográficos y etnológicos que todavía hoy dificultan la solución de varios problemas. Actuando sobre la estructura de un idioma en que el derroche de vocales era abusivo, especialmente el de la *a*, la *i* y la *y*, también comprendida en ese número, y con las cuales remataban casi todas sus palabras, llegó a confundirse en una designación común, tribus de ubicación recíprocamente lejana, y a distanciarse otras cuya vecindad denunciaba un origen fraterno. Cuanto más complicada la ortografía del lenguaje europeo a que se redujo la interpretación de los términos indígenas, más sensible resultó la corruptela. Ulderico Schmidel, por ejemplo, acomodando su giro alemán al de las parcialidades cuya existencia o hechos enumera, escribió *zechurvas* por charrúas, y algún viajero francés, ce-

diendo al mismo impulso por lo que respecta a su propia lengua, les llamó *charmas*.

Introducida la costumbre, debía pasarse bien pronto del cambio de la pronunciación a la importación de los términos, como quiera que los conquistadores, habiendo adquirido un nuevo vocabulario en su dominación de Cuba y el Perú lo generalizaron sin esfuerzo al formalizar nuestra colonización en el siglo XVII. Pertenecen a esa procedencia las palabras *charqui, chichi, tambo, chacra,* que aunque originarias de América, no lo son del Uruguay, cuyos habitantes al tiempo de la Conquista no conocían la agricultura, ni usaban alhajas, ni podían saber de animales estabularios, pues nunca hasta entonces habían vivido en caserío, ni tenido idea de lo que eran ganados. La palabras carecen de valor y excluyen su uso, mientras no despierten una idea o concreten un hecho, siendo a esta condición única que la memoria y la inteligencia se alían para combinarlas. Cualquiera incorporación de voces que no lleve a ese fin, es repulsiva al lenguaje corriente, sobre todo en los pueblos infantes cuyas necesidades y gustos no piden complejidad de expresión. Mal hubiera cuadrado a nuestros aborígenes, el empleo de términos que no definían ideas o hechos comprensibles para ellos; pero su generalización entre los cronistas que continuamente los aplicaban, y más tarde, la introducción al país de los objetos e industrias designados con esos términos, hizo que se les considerase originarios del lenguaje hablado por los habitantes bárbaros del Uruguay.

El catálogo de las importaciones se aumentó con dos palabras muy significativas, a saber: *cacique* y *chicha.* Oportunamente se hablará de la segunda, porque la primera requiere especial atención. La palabra

*cacique* es de extracción aristocrática: significa señor de vasallos, y tiene su origen entre los isleños de Cuba, de donde la tomaron los españoles para aplicarla a todos los jerarcas similares que encontraron en este hemisferio. No habiendo señor de vasallos entre los indígenas del Uruguay, esa palabra fue torcidamente aplicada a los jefes accidentales que comandaban las hordas en momentos de guerra. La igualdad civil y social de los naturales no sufrió nunca una jefatura permanente, y mucho menos hereditaria. A lo más sus jefes fueron *taitas*, voz con que todavía se designa en los campos al más valiente, y que puede remontarse en su origen a la palabra guaraní *tata*, que significa fuego, o la palabra compuesta *taitata*, que significa hijo del fuego. El título de *taita*, confirmaba con la elección para el mando, las esperanzas cifradas en la persona electa. Luego que la guerra concluía, el *taita* marchaba a confundirse con todos los demás, y no gozaba fueros o ejercía oficio que le distinguiese del común de sus compatriotas.

Los indígenas uruguayos nunca llamaron *caciques* a sus jefes. Fueron los españoles quienes les designaron con ese nombre, y hasta se propusieron ennoblecerles confirmando oficialmente la posesión del título, engañados de la apariencia que les daba en ciertas emergencias de la lucha.[19] Por otra parte, la investidu-

19 *Cacique* — dice García — *con el qual nombre llaman los españoles á todos los que son Señores principales, ó descienden de ellos, i aora son Cabeças de aquestos repartimientos. I la raçon por que generalmente los llaman así, es por que Cacique fué nombre que tenían los principales de la Isla Española, que fué la primera de Indias que se descubrió, de donde pusieron nombres comunes á otras cosas que se hallaron de aquella manera i especie en las demás tierras de Indias á cuio trigo llaman generalmente Maíz, á la bebida Chicha, i á la pimienta Axí, aunque los Indios tienen otro nombre particular para estas mismas cosas. Porque los*

ra de un mando permanente hubiera estado reñida con la elección indefectible de caudillo para cada empresa bélica, y con el abandono del cargo por el titular apenas concluida la guerra. También lo hubiera estado con las disposiciones geniales del carácter indígena, remiso a toda obediencia que no entrase en la conformidad de sus gustos libérrimos.

En cuanto a la palabra *chicha,* su procedencia es igualmente extraña al lenguaje corriente de nuestras tribus. Una generalización de este nombre a todas las bebidas americanas, hizo que la fermentación de agua y miel fabricada por los primitivos uruguayos, recibiera idéntico calificativo al que tenían en concepto de los españoles los licores preparados por los indígenas cubanos, peruanos y mejicanos con vegetales y frutas de sus respectivas latitudes. Se dijo entonces *chicha,* como se dice hoy *bebida* por nombre genérico a todo compuesto potable, y como se dice *tapera,* de *taba-oera* (aldea que fue), a todo edificio ruinoso en los campos. Sin embargo, ni *chicha* ni *tapera* son oriundas del Uruguay, ni significan lo que se pretende designar con ellas.

Destarando, pues, las palabras de origen extraño, cuya procedencia acaba de explicarse, y algunas otras que la expresión fonética desnaturalizaba, resulta que el idioma hablado por los indígenas uruguayos, era de la misma índole del que corriendo la costa del Atlántico desde el Brasil hasta el cabo de Santa María, dominaba luego las riberas del río Uruguay, y saltando

*del Perú llaman al maíz Çara, á su bebida Azua, á la pimienta Uchu i al cacique Curaca. Los de Nueva España, en lengua mexicana, llaman al cacique Claotali, al maíz Claoli, á la bebida Pulche, i á la pimienta Chile* (Origen de los Indios, libro IV, cap. XVI).

de ahí a las islas del Paraná, se internaba en los territorios del Chaco y sus bosques. No faltan, empero, autorizados lingüistas que pongan esta cuestión en litigio, dando a entender que si el guaraní era idioma corriente en los pueblos mencionados, se debe a su difusión entre las tribus que civilizó el cristianismo, las cuales, conservando su primitivo lenguaje para entenderse consigo mismas, hablaban oficialmente el guaraní con las demás. Bien pudiera acontecer el caso con relación a las que tal influencia sufrieron, pero de todas suertes resultaría inaplicable a las que rechazaron con las armas el dominio militar o religioso de la civilización española. Corresponde incluir en el número a los habitantes del Uruguay, cuyo idioma hablado tenía y conservó pura la misma índole que el de los pueblos brasileños, platenses y paraguayos con quienes lo compartía, sin otra excepción que pequeñas variantes. Esta condición se reconoce al través de las alteraciones fonéticas producidas por accidentes de tiempo y lugar, que si modifican en algo la terminología, no dan base para sustraerla al imperio de la ley que la coordina en todas partes del mismo modo.

En el mecanismo del idioma hablado por unos y otros se nota la ausencia completa del sonido de la *f*, de la *l*, de la *v* y de la *x*, pronunciándose siempre la *d* junto con la *n* como *nd*, y la *m* con la *b* como *mb*. La uniformidad de esta regla podrá quebrantarse observando que durante la guerra contra Zárate, los charrúas tuvieron en sus filas individuos cuyos nombres daban cabida a la *l* (Magaluna, Cheliplό, Metilion); pero abstracción hecha de la fidelidad ortográfica con que tales nombres nos hayan sido trasmitidos, debe tenerse presente que la alianza verificada entre los indígenas del Uruguay y algunas tribus vecinas para

combatir al Adelantado español, aportó a las huestes uruguayas gentes de varia procedencia, entre las cuales pueden muy bien contarse los propietarios de aquellos nombres. En cambio, todas las manifestaciones esenciales del idioma son siempre concordantes entre los indígenas brasileños, platenses y paraguayos mencionados. Unos y otros tenían seis vocales en su alfabeto, y cada vocal soportaba a la vez diferentes sonidos. La designación de las localidades la derivaban todos ellos de las condiciones del suelo o de sus productos anexos, empleando términos compuestos para conseguirlo, como *yguassú* (río grande), *ybikuí* (arenal, *uruguay* (río de los pintados pájaros), de las palabras *urú*, pájaro; *guag*, adorno; *yi*, agua. [20]

Pero la prueba más fuerte que puede aducirse para establecer la procedencia originaria del habla de los naturales uruguayos, es el empleo en común con los pueblos citados, de ciertos verbos, y de los términos usuales de cantidad y calidad, así como de los nombres designativos de la flora y la fauna del país. Los demás gentíos de las costas oceánicas y platenses, tenían al igual que los uruguayos, los verbos *aihuba* (amar), *caba* (herir), *yuca* (matar). Unos y otros llamaban a lo bueno *katú*, a lo mucho *tubá*, a lo chico *miní*, a lo grande *guassú* y también *assú*. Las acciones heroicas, que atraen sobre una individualidad la simpatía y el respeto de sus coetáneos, se designaban entre ellos con el calificativo *eté*, que en su expresión genuina equivalía al de "ilustre".

La misma identidad de términos prevalecía para la designación de personas y cosas. El varón era *abá*,

20 Lorenzo Hervás, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, etc*, tomo I, trat. I, cap. II — Vizconde de Porto Seguro, *Historia geral do Brazil*, tomo I, secc. III.

la mujer *kuñá*, y la gente *iguá*. Llamaban a la tierra *ybí*, a la luna *yasi*, al agua *yi*, al monte *ka*. Eran y son comunes para designar productos de aquellos territorios y éstos, los nombres de *arasá* (pequeña guayaba), *ombú* (árbol gigantesco). En igual condición aparece la nomenclatura zoológica, como *kuatí* (especie de raposa), *tatú* (mulita). Por último, los nombres de los caudillos populares, cuando la ortografía europea no los ha hecho ininteligibles, se traducen correctamente, como *Aba-aihuba* (el amado), *Oberá* (resplandor), *Aba-eté* (el ilustre), que los españoles transformaron en *Betete*.

Mientras un idioma dado, mantenga en la esfera de las analogías fonéticas cierta comunidad de términos con otros idiomas, puede atribuirse el caso a mil circunstancias ajenas a la comunidad de raza. Pero cuando a la analogía sucede la identidad, y a las presunciones la ubicación de las palabras, entonces desaparece la duda, porque no puede relegarse al dominio de los hechos casuales la existencia de calificativos idénticos para expresar la acción que concreta el verbo, y las nociones de cantidad y calidad, división de los sexos, nombre de los astros y condición geológica de los territorios. Y siendo éste el caso de los pueblos del Chaco y costaneros del Plata y Brasil, resulta que, salvo excepciones confirmatorias de la regla, hablaban un idioma de fondo originario común, y ese idioma no es otro que el *guaraní*, [21] a cuya índole se somete

---

21 *Tan universal es (la lengua guaraní)* — dice Montoya — *que domina ambos mares, el del Sur por todo el Brasil, y ciñendo todo el Perú, con los dos más grandiosos ríos que conoce el Orbe, que son el de la Plata, cuya boca en Buenos Aires, es de ochenta leguas, y el gran Marañón, a él inferior en nada, que pasa bien vecino de la ciudad del Cuzco, ofreciendo sus inmensas aguas al mar del Norte. (Arte, Vocabulario, Tesoro y Catecismo de la Lengua Guaraní;* tomo III).

sin esfuerzo nuestra terminología indígena, según lo demostró uno de sus más ilustres gramáticos.

De aquí podemos concluir, que el idioma *guaraní* era el de los naturales uruguayos, aun cuando su riqueza no hubiera tomado entre ellos el vuelo que una civilización relativamente más avanzada le dio en algunos de los pueblos vecinos; y no obstante el predominio de ciertas voces importadas, cuyo origen se remite a otros idiomas americanos. El salvaje uruguayo limitó a la sobriedad de sus necesidades la terminología corriente, prescindiendo de locuciones poéticas que otros empleaban en cantares y fiestas a que él nunca se entregó, y de la nomenclatura agrícola que no le hacía falta por ignorar los menesteres de esa industria. Lo que importa decir que mientras sus vecinos o enemigos avanzaron, él permaneció estacionario, por causas y motivos cuya explicación aparecerá en el correr de estas páginas, pero que no influyen menos para aclarar la procedencia del lenguaje hablado en común con los demás gentíos de idioma guaranítico.

Pero la comunidad de idioma entre unos y otros pueblos, dio mérito a dificultades etimológicas, respecto de su nomenclatura. Ciertas palabras que en guaraní designaban cualidades de los individuos, sin referirse a su número, ubicación o procedencia, prevalecieron en el concepto de los conquistadores como nombres propios de tribus determinadas. Obedeciendo semejante regla de interpretación, a medida que se repetía uno de aquellos calificativos comunes, por alejadas que estuvieran entre sí las parcialidades que lo llevaban, se les suponía incluidas en la misma familia originaria, resultando de ello una confusión inexplicable respecto al itinerario de sus emigraciones y no

menos ardua para la aclaración de su procedencia nativa. Así, ubicada entre los ríos Uruguay y Paraná, aparece la selvática y embrutecida tribu de los *caiguás,* de la cual se hace derivar otra tribu del mismo nombre, situada sobre el Iguassú, donde su belicoso porte tenía a raya a todos los vecinos. Bajo el nombre de *chanás,* era conocida una agrupación de isleños de nuestro río Negro, y con ese mismo nombre de *chanás* o a veces *chanés* y también *guanás,* aparecen entre los bosques del Chaco multitud de tribus cuyos afiliados suman millares de individuos.

Examinando las costumbres íntimas de estas agrupaciones de nombre afín, se encuentra en ellas propensiones análogas, pero al mismo tiempo, las enormes distancias que las incomunicaban entre sí, y su interpolación en medio de tribus de quienes recibían constante hostilidad, predisponen a negarles un centro originario común. En auxilio de esta suposición racional, ha venido el idioma, estableciendo que *kaiguá,* por ejemplo, significa en guaraní, *montaraz* o *silvestre,* de las palabras *ka* (monte) e *iguá* (gente), y era nombre que se daba por extensión a las tribus errantes. A todo rigor, pues, para los guaraníes cristianos, tan *caiguás* eran los charrúas como cualquier otra tribu refractaria a vivir en policía; y tal vez designaron muchas veces con ese nombre a las tribus del Uruguay, ante los expedicionarios y viajeros de las regiones platenses, que anotaban en sus relaciones y crónicas los nombres de las parcialidades sin averiguar su significado.

Crudamente fue trasmitida también la palabra *chaná,* como apelativo nacional de cada una de las parcialidades designadas por ella. *Chanáes* eran los treinta o cuarenta mil indígenas, que huyendo la hostilidad

de sus vecinos, vivían escondidos en los bosques del Chaco, donde cultivaban toscamente una agricultura rudimentaria. Eran también *chanáes* los isleños de nuestro río Negro, cuya conducta guerrera no ha dejado el mejor recuerdo. Todos estos naturales llevaban el mismo nombre, pero no tenían el mismo idioma. Los del Chaco hablaban la lengua *guaná*, que parece haber sido un compuesto de varias lenguas corrientes, y los del Uruguay hablaban el *guaraní* usado en el país. Unos y otros coincidían en la tendencia a resguardarse del trato de los extraños, oponiéndoles las barreras de la naturaleza, bosques o islas, que habilitasen su propia seguridad. Recibían y nacionalizaban con honor a las personas de superioridad reconocida, y se sometían de continuo a las imposiciones de las tribus guerreras.

A juzgar por esta conducta, la palabra *chaná* parece acomodarse más bien a una condición deprimente, que al nombre de una nacionalidad.[22] Puede haber significado tributario o siervo, entre las naciones agricultoras del Chaco, sometidas al pago de tributos y a la obediencia de jefes extraños a quienes daban el título de *amos*. Pero en el Uruguay, donde la agricultura era desconocida y las jefaturas permanentes no imperaban, tal vez fue sinónimo de pusilanimidad, y esto parece deducirse de la índole del vocablo *ná*, que siendo una negación, supone desprecio por los designados con ella. Como quiera que sea, las palabras

22 Hablando de los "chanás" del Paraguay, dice Schmidel: —"*Los indios Chanás, súbditos de los Mbayás, al modo que los rústicos de Alemania á sus señores*" (Viaje al Río de la Plata, cap. XLV). Refiriéndose a los mismos indígenas, dice Hervás siguiendo a Yolis en su *Historia del Gran Chaco*: "*Los chanas ó chanés, son una unión de indios de diversas naciones, esclavizados en las guerras antiguas que tuvieron los Chiriguanos del Chaco*" (Catálogo, tomo I, trat. I, cap. II).

*chaná* y *caiguá*, aun acomodándolas a la ortografía de los conquistadores, revelan origen guaranítico, y esto confirma la procedencia del idioma general hablado entre nuestras tribus.

Pasando del idioma a las manifestaciones que vinculan el pensamiento a la materia bruta, una sencillez primordial dominaba la forma de los objetos de uso común que sirvieron al indígena uruguayo para auxiliarle en sus necesidades, una completa ausencia de accidentes superfluos en la exterioridad de esos objetos. Si el lenguaje era sobrio, no menos lo era la concepción industrial y artística. Las trazas de su gusto, están grabadas sobre la superficie de las vasijas y utensilios que formaban su escueto mobiliario. Para ornamentarlos, copió la geometría de la naturaleza, cuya simplicidad le inició en el arte del dibujo.

Esta precisión geométrica trascendía a las armas, cuyo molde se ajustaba algunas veces a los detalles de la circunferencia y otras al triángulo, dividiéndose en arrojadizas y de esgrima. Tenía el primer puesto entre las arrojadizas el dardo, como que la flor de sus tropas se componía de arqueros: —un gajo endurecido al fuego y prolijamente desbastado, un trozo de cuerda fabricada con hebras de árboles filamentosos o lonjeando el cuero de ciertos animales, y una flecha con punta de pedernal o de hueso de pescado, he aquí los componentes del artefacto que hacía tan temibles a estos guerreros. Como arma arrojadiza usaban también la bola, cuya superficie estaba cruzada por una ranura para dar cavidad a la correa o tiento con que la ataban, sujetándolo por el extremo opuesto al brazo derecho para poderla revolear sobre el adversario, enredarlo y voltearlo. Las armas de esgrima eran la chuza de moharra de pedernal y la maza de guerra, ins-

trumento de piedra este último erizado de puntas y enastado en grueso cabo de madera, que los *taitas* o jefes usaban en señal de mando y fuerza. Entre las armas y útiles de pesca y caza, tenían flechas para hacer oficio de arpón, carreteles de piedra para envolver los hilos y tientos, pesas para las redes, y bolas sin ranura para perseguir al *ñandú*, avestruz. [23]

Los campamentos descubiertos en las costas de Montevideo y Maldonado y sobre las islas de algunos ríos del interior, demuestran que se sometían a un trabajo metódico, alternándolo con las faenas destinadas a proporcionarse el alimento. En esos lugares se han encontrado verdaderos talleres donde fabricaban con piedra de las cercanías, hachas, cuchillos, morteros, pulidores y espátulas, así como toda su cerámica que elaboraban con tierra mezclada al caolín y otras materias de esa condición que tiene el país. El tiempo y la paciencia requeridos por tales trabajos, desautorizan el dictado de holgazanería que generalmente se les da, olvidando cómo los realizaban en medio de las premiosas necesidades de sustento a que obedecían sus excursiones al través de los campos. La ley natural que designa las ocupaciones de los sexos, imperaba en las incumbencias de taller, reservándose el hombre la construcción de las armas y útiles adecuados a su fabricación, mientras corría de cuenta de las mujeres toda la labor menuda.

Si puede llamarse industria a esta transformación grosera de la materia, hay que enumerar la fabricación de pintura y el arte de la curtiembre entre sus habilidades. Obtenían la pintura triturando ciertas tie-

---

23 *Todos estos objetos, y otros a que se alude más adelante, existen en la colección arqueológica del malogrado americanista D. Carlos d'Halewyn Bauzá.*

rras gredas y algunas hierbas tintóreas, y curtían los cueros de venado y ciervo con manteca de pescado. Esos cueros habilitaban la confección de las camisetas con que resistían a la intemperie extrema, sirviéndoles las espinas y filamentos de los árboles, de aguja e hilo para conformar la vestimenta. Por más rudimentario que esto fuese, los primeros españoles tuvieron que imitarlo, cuando sin esperanza de repuesto, se les rompieron sus camisas y sayos.[24] Los colores que más usaban eran el rojo, el azul y el amarillo, de cuya alternativa preferencia se ven aún los rastros en su cerámica. A pesar de que la flora del país suministra venenos de varias clases, nunca los utilizaron, ni en sus armas, ni como elemento curativo.

Sus viviendas portátiles, a manera de carpas, se constituían por una techumbre sujeta a cuatro estacas. Esas techumbres, tejidas como estera, o formadas por una simple agregación de cueros curtidos, completaban la parte obligada de su bagaje, cuando no iban de guerra. Doquiera campasen en tiempo de paz, armaban la vivienda y encendían el fuego, obteniendo la llama por la frotación insistente de dos maderos. El fuego desempeñaba un papel importante en sus operaciones, no sólo por lo que facilitaba la cocción de los alimentos y la fabricación de los útiles de servicio y defensa, sino por lo que les abrigaba en su desnudez. En tiempo de guerra, era un recurso militar, sirviéndoles las fogatas para darse avisos, anunciar la proximidad del enemigo, o pedirse refuerzos.

El varón andaba generalmente desnudo; la mujer vestía siempre un cobertor que la cubría desde la cin-

24 Francisco López de Gomara, *Hispania Victrix*; Primera parte (ap. Rivadeneyra).

tura a las rodillas. Se defendían del reumatismo y de las picaduras de insectos, friccionándose con grasa de lagarto, carpincho u otros análogos. No se afeaban el cuerpo con pinturas o tatuajes, salvo las doncellas, cuyo rostro, al hacerse núbiles, era marcado con tres rayas azules o blancas. No se cubrían la cabeza, ni empleaban depilatorios para exterminar el vello. Más bien por orgullo, que por hacerse temibles, los hombres se inferían una incisión por cada enemigo que mataban en la guerra, y algunos juntaban a esta costumbre la de adornarse con la piel del rostro del vencido. Por lo demás, no adoraban ídolos, ni ofrecían sacrificios humanos, ni violentaban la naturaleza para satisfacer sus pasiones sexuales.

La caza y la pesca, que requieren dotes peculiares, determinaban con la división del trabajo, la ubicación respectiva de los más diestros en esas tareas. Así se explica la organización por grupos, que unos residían habitualmente a la orilla del mar y de los ríos, y otros cruzaban el territorio acechando la presa. El resto, en gran parte compuesto de mujeres, niños y ancianos, alimentaba el movimiento de los talleres, hasta que pasada la oportunidad se reunían todos. Siguiendo las huellas de sus campamentos, puede notarse esta tendencia a dividir el trabajo en la forma indicada, y se explica tanto más, cuanto que carecían de medios fáciles de transporte. Al reunirse, debían traer la provisión a cuestas o en el fondo de sus canoas, y para conseguirlo, necesitaban haberla reducido de antemano a volumen portátil, ya se tratase de alimentos, ya de materia bruta.

Como cazadores y pescadores que eran, conocían algunos procedimientos sencillos para condimentar sus comidas y hacer provisión durante las marchas. Con

la grasa del pescado fabricaban cierta manteca, muy buena, al decir de los que la probaron. Hacían licores fermentando con agua la miel de las abejas silvestres, a las cuales, lo mismo que nosotros llamaban *mangangáes,* extrayendo la miel de unas cañas huecas que tenían el nombre de *tacuarembó.* Producían por el fuego la cocción de la carne de los pescados y alimañas cuyo volumen se prestaba a ello. [25] Era su fruta predilecta el *arasá*, al cual atribuye la tradición que daban cierto significado simbólico, ya porque les alegrase con su flor rosácea, o porque les agradase su dulzura.

Los bosques que poblaban el litoral y las islas, hoy casi extinguidos, y entonces tan frondosos como los pintan las descripciones de los descubridores, les suministraban maderas para sus *canoas*, que fabricaban ahuecando gruesos troncos, y conducían por medio del remo. Sus excursiones marítimas, a lo que parece, no les llevaban con frecuencia muy allá de la vecindad de sus dominios preferidos, pero con todo, arribaban al cabo de Santa María y navegaban ampliamente los ríos Uruguay y Paraná en todas direcciones, según lo atestigua el relato de los expedicionarios que comunicaron con ellos, unas veces de paz u otras de guerra, en el discurso de sus primeros tiempos, y se deduce de narraciones posteriores sobre sus usos y costumbres. [26] Sin embargo, su destreza de navegan-

25 Fernando González de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias,* tomo II, lib. XXIII, cap. V — Centenera, *La Argentina,* Canto X. — Ruiz de Montoya, *Arte, Vocabulario y Tesoro,* tomo III

26 Luis Ramírez, *Carta del Río de la Plata* — Antonio Pigafetta, *Viaje de Magallanes alrededor del mundo* (ap. Charton). — Martín Fernández de Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos,* etc.; tomo IV.

tes, no ha merecido capítulo especial en los cronistas primitivos, y hasta ha habido entre sus continuadores quien les niegue esa condición, a pesar de que la posición geográfica del país y la alimentación habitual de sus tribus, constituyen testimonio irrefutable de haber sido ellas navegantes, al igual de todas las ubicadas sobre las costas del mar y de los ríos.

El comercio debía serles desconocido entre sí, a juzgar por la liberalidad con que cada uno tomaba de las comidas de los otros; y la ausencia de prendas o adornos que favoreciesen el trueque debía hacerlo mezquino con los demás. Por otra parte, su escasa noción del número acentúa esa doble posibilidad Para significar 5 levantaban una mano, para decir 10 las dos, para 20 indicaban los pies y las manos, y con un signo especial o la palabra *tubá* significaban *mucho*. La breve duración de sus campañas militares y la libertad inmediata que daban a los prisioneros, es otra indicación de su desprendimiento y escasa noción de ideas comerciales. Cuando los españoles arribaron a estas playas, fueron siempre socorridos gratuitamente con profusión de víveres, mientras estuvieron de paz, se entiende.

Para encontrar la filiación de su gobierno, es necesario remontarse al sistema patriarcal, en la expresión más simple de su mecanismo conocido. El padre de familia, jefe de ella en la guerra y proveedor único de sus necesidades en la paz, era el tipo de autoridad sobre el cual se modelaba toda obediencia admisible. La reunión de los jefes de familias, constituía la asamblea deliberante de la tribu, y en momentos de peligro, eran esas asambleas quienes elegían el *taita* encargado de acaudillar las fuerzas que se destinaban al combate, concluyendo la misión del electo, una vez des-

aparecido el peligro. Así en sus deliberaciones como en sus comidas, acostumbraban a mantenerse en cuclillas.

Por las líneas generales que se dejan trazadas, puede juzgarse el cuadro que presentaba la civilización uruguaya a la hora del descubrimiento. Todo en ella era primitivo: hombres, instituciones, gustos y costumbres. Hay algo tétrico en la melancolía imperante entre esas masas de bárbaros sin cánticos ni juegos, ensimismados en un silencio que sólo se rompe para emitir brevemente sus opiniones en las asambleas deliberantes, o para darse la palabra de orden frente al enemigo. No eran, sin embargo, torpes, corrompidos o feroces, de manera que sus tristezas parecen ser más bien el estado de un ánimo en crisis, que no la displicencia resultante de una depresión moral cuyo influjo no sentían. De todos modos, la tumba encubrió el secreto de estas manifestaciones externas, y la inducción, desprovista de elementos de juicio, no puede penetrar hasta ellas.

Conocido el aspecto general de la sociabilidad indígena del Uruguay en el momento de arribar a sus playas la civilización española, conviene hacer el recuento de las parcialidades en que se agrupaban sus habitantes, presentando a cada tribu en la condición peculiar que le era propia. Por este medio, junto con el conocimiento de la ubicación local de cada una, se adquirirá el de las disposiciones activas a que se veía inclinada, pudiéndose graduar también su importancia en la defensa del territorio nacional.

La República del Uruguay está situada a la margen septentrional del Río de la Plata; sus límites territoriales son: por el S. ese mismo río, por el O. el río Uruguay que da su nombre a la nación, por el S. E.

el océano Atlántico, y por el N. y N. E. la línea divisoria con el Brasil que forma la frontera entre ambos países. El suelo es generalmente accidentado, la tierra fértil y las aguadas abundantes. La configuración del terreno en el mapa universal afecta la forma de un ángulo saliente, cuyo vértice lo constiuyen las costas oceánicas del Departamento de Rocha y cuyas líneas se prolongan hasta perderse en las fronteras. Con ser profusos los accidentes del suelo, no dan relieves mayores de 800 metros de altura, designados muchos de ellos con calificativos indígenas, como *Karapé* (enano), *Kuñá-pirú* (mujer seca), o con títulos castellanos que rememoran nombres de antiguos vecinos o fechas de tristes sucesos, como cerros de *Narváez*, cerro de los *Difuntos*, etc. Las caídas de todos estos cerros y montículos, dan origen a la intrincada red de ríos y arroyos que bañan el territorio de la República.

Hacia la época del descubrimiento, contrastaba la condición de la tierra con la escasez de sus productos. Excepción hecha de algunas especies maderables, frutales y tintóreas, el arbolado no ofrecía alicientes para el sustento o el regalo, ni había sementeras naturales o artificiales que facilitasen la producción del grano. No se conocían vacas, caballos u otra clase de ganados. La caza, que proporcionaba alternativamente el alimento o el abrigo, o ambas cosas a la vez, si la pieza resultaba comestible y podían aprovecharse la piel o el plumaje, era suministrada en su mayor extensión por el avestruz, el venado (a uno de cuyos tipos llamaban también *tacuarembó)* y el apereá, que se dividían los campos y los bosques, junto con otras especies vivíparas u ovíparas, entre ellas la perdiz, el pavo del monte, la nutria, el carpincho, el zorro, el lagarto y la mulita. Había especies depredadoras como el tigre

y el puma, y reptiles venenosos como las víboras de la cruz, de cascabel y de coral. Los ríos y arroyos suministraban abundante cantidad de moluscos y peces.

Ocupaban como dueños la porción más escogida del territorio descrito, los *charrúas*, cuyo asiento de preferencia era el triple litoral que bañan el Océano, el Plata y el Uruguay, extendiéndose de ahí para todo el interior del país. Los españoles llamaron nación a esta tribu, más bien por la condición moral de sus individuos, que por su número. La mayor cantidad de ellos que se vio reunida en aire de paz, fueron unos 2000, incluyendo hombres y mujeres; pero los rasgos predominantes de su carácter, en que se combinaban un valor indómito, un orgullo altanero y unos fueros de independencia sin rival, les granjeó reputación superior a la que podía esperarse de su conjunto efectivo. [27]

Eran los charrúas de color moreno tirando al rojo, cabello negro abundante y reacio a encanecer, negros también y muy brillantes los ojos que ocultaban bajo párpados entreabiertos por la costumbre de vivir al raso mirando a largas distancias, blancos y fuertes los dientes, la estatura elevada, bien conformado el cuerpo y ágil y desenvuelta la apostura. De voz débil en el trato ordinario, eran parcos de palabras, prefiriendo acortar por sí mismos la distancia que les separaba de aquel a quien podían hablar desde lejos, antes que gritarle. Rehusaban toda obediencia servil por creerla vejatoria a su dignidad propia. Astutos y avisados, pero no rencorosos, sus desavenencias particulares se dirimían entre las mismas partes quere-

27 Schmidel, *Viaje al Río de la Plata*, cap. VI. — Centenera, *La Argentina*, Canto X. — Guzmán, *La Argentina*, lib. I, cap. III. — Lozano, *Historia de la Conquista*, tomo I, libro I, cap. XVIII.

llantes, y caso de no avenirse, atacábanse a bofetones, luchando hasta que uno de los contendores daba vuelta la espalda, y no se volvía a hablar de la cosa. No conocían obstáculo que les detuviera en sus empresas, pero todo lo que emprendían era de propia voluntad. Admiraban los lances caballerescos de cualquier género, y tenían por quien los consumaba un respeto tan gentil, que igualaba al de los más cumplidos caballeros de la Edad Media europea. Habrá ocasión de citar algunos episodios que lo comprueban.

De los testimonios exhibidos por los primitivos historiadores, no resulta que los charrúas profesasen una religión determinada. Se sabe que demostraban grande indiferencia al morir, no quejándose de nada ni encomendándose a nadie, y que no se les traslucía inquietud respecto del porvenir o la suerte de los suyos. Tampoco exigían demostración alguna de este género hacia ellos, por parte de los parientes o amigos que les rodeaban en el último trance. Sin embargo, ciertas prácticas rigurosamente seguidas por las familias y adoptadas por la nación, demuestran que tenían idea de la divinidad y presentían una vida futura. Para ellos existía un espíritu malo, circunstancia que supone por contraposición la creencia en un espíritu del bien. Enterraban a los muertos con sus armas y su ajuar, y festejaban la nubilidad de las doncellas marcándolas en el rostro.[28] Del conjunto de es-

28 *Sobre este punto, observa D'Orbigny lo siguiente: "Leur religion, quoiqu'Azara prétende qu'ils n'en ont aucune, est analogue à celle des Indiens des Pampas: comme ceux-ci, ils ont la coutume de marquer par une fête l'époque de la nubilité des jeunes filles, et c'est alors qu'ils tracent trois lignes bleus de tatouage, de la racine des cheveux au bout du nez, et deux autres transversales sur les tempes Ils croient à une autre vie, ce qui prouve la manière dont ils enterrent les morts, avec leurs armes et tous leurs habillements"* (L'homme Américain, tomo II).

tos datos, no puede inferirse que profesasen una religión positiva, pero tampoco puede afirmarse que no tuvieran ninguna.

Sin duda que a esto deben el no haber sufrido las preocupaciones que produce un culto extraviado entre las naciones bárbaras, obligándolas a sacrificar a sus creencias la vida y los intereses de aquellos que desgraciadamente son sus vencidos. A la misma despreocupación en tan importante materia, son deudores de no haber soportado la repugnante condición de antropófagos, que caracteriza ciertas razas primitivas. Por lo contrario, tal vez no haya habido gentío alguno en las comarcas americanas, cuya hospitalidad se acentuara más generosamente con el desvalido, ni acusase más alta noción de piedad con el prisionero. Algún historiador de la Conquista, indignado de que multitud de españoles de conducta criminosa o atrabiliaria fugasen al campo charrúa siendo bien recibidos en él, llamó por mofa a los dominios de estos indígenas la *Ginebra americana* [29], olvidando que a semejante liberalidad eran también deudores de la existencia, soldados valientes y jóvenes reclutas devueltos a sus compañeros en lo más reñido de la lucha armada.

En presencia de la escasa cultura social de los charrúas, no es posible creer que hubiera desaparecido ya para ellos la época de sangrienta adoración que exige sacrificios humanos a los pueblos nacientes, pues otros pueblos americanos más adelantados, y hasta vecinos, la cultivaban en los mismos tiempos. Es evidente, pues, que no existiendo esa costumbre hacia la época de la Conquista, era por razón de que jamás la habían conocido, y dicho se está que no conocién-

29 Lozano, *Hist. de la Conq.*, tomo I, lib. I, cap. XVIII.

dola entonces, mal pudieran retrogradar en el futuro hasta el extremo de ejercitarla. Pero sea de ello lo que fuere. sobran declaraciones de testigos presenciales, negando que durante la conquista y población del territorio uruguayo hubiese sido sacrificado cristiano alguno a los horrores de la antropofagia.[30]

Lo primario de las costumbres comunes a los indígenas uruguayos, puede señalarse en los charrúas con algunos datos peculiares. Llevaban el cabello muv largo, las mujeres suelto, los hombres atado, y los adultos agregaban al nudo algunas plumas verticalmente colocadas. Usaban los varones un palo de cuatro o cinco pulgadas de largo y dos líneas de diámetro atravesado de parte a parte en el labio inferior a la raíz de los dientes. que a poco de nacer les ponían sus madres, y era distintivo del sexo fuerte. Dormían siempre de espaldas. y en tiempo de paz nunca salían de noche. En señal de duelo, las hijas, esposas o hermanas del finado, cortábanse una articulación de alguno de los dedos por cada muerto de la familia. El marido no hacía duelo por la muerte de la mujer, ni el padre por la de sus hijos, pero si éstos eran adultos, a la muerte del

30 *Escritores de procedencia moderna como Funes y Angelis, han acusado a los charrúas de antropófagos, fundándose en que todos los pueblos primitivos lo son En cambio, Diego García, Luis Ramírez, Rui Díaz de Guzmán, Centenera y Azara, que en diversa época para cada uno conocieron a los charrúas, desmienten esta acusasión gratuita. D'Orbigny, en el tomo I de su voluminosa obra "Voyage dans l'Amérique Méridionale" se pronuncia en igual sentido. Añadiremos a tantos testimonios, uno más Charton, en una nota a la "Relación de Viaje" de Antonio Pigafetta, hablando de los charrúas a quienes él llama o su traductor hace llamar "charmas", protesta contra la injusticia de la acusación, y observa que los últimos charrúas, según él, murieron en Francia, acerca de lo cual remite al lector a un curioso folleto titulado "Arrivée en France de quatre sauvages charmas par le brik français "Phaéton" de Saint-Malo, Paris, in gran 8º"* (Viajeros antiguos y modernos, tomo I)

padre se ocultaban por algunos días, librándose a mortificaciones y ayunos.

Se casaban luego de sentir la necesidad de esta unión, mas los casamientos entre hermanos y parientes eran rechazados como indignos. La poligamia era permitida, pero una mujer no tenía nunca dos maridos, y aun cuando el hombres tuviera varias mujeres, éstas le abandonaban al hallar quien las hiciese esposas únicas. El divorcio era libre en los dos sexos, aunque muy raras las separaciones teniendo hijos los matrimonios; el adulterio no tenía otras consecuencias que algunos puñetazos descargados por la parte ofendida sobre los cómplices, si les sorprendía en flagrante delito. No enseñaban ni prohibían nada a sus hijos, pudiendo éstos guiarse de propia voluntad. Sin embargo, demostraban singular afecto por los suyos, en determinados trances de la vida. Los huérfanos eran recogidos por sus parientes, y en cuanto al celo por la familia propia, el primer cuidado de estos despreocupados guerreros, era esconderla en lo más impenetrable de los bosques al emprender cualquier expedición belicosa.

Su táctica militar correspondía a la sencillez de sus costumbres. A la entrada de la noche, se reunían en consejo todos los jefes de familias, para designar los puestos que habían de ser ocupados y arreglar el servicio de los centinelas. Eran sumamente vigilantes y precavidos, enviando descubridores a largas distancias a fin de averiguar la situación del enemigo. Para dirigir sus movimientos en el combate, usaban trompas y bocinas. Al embestir a los contrarios, lanzaban un formidable grito de guerra. Contentábanse con una sola victoria sin aprovechar las ventajas conseguidas, lo cual influía para hacer breves sus campañas militares,

pero dejaba al adversario en aptitud de recobrarse y emprender nueva agresión.

Tenían ordinariamente guerra con los *Arachanes*, indios situados en las vecindades de Río-Grande, que llegaban en número a unos veinte mil individuos. Alternativamente tuvieron también guerra o paz, alianza o tregua, con otras tribus de las orillas del alto Uruguay y del Paraná, por donde se derramaban para satisfacer sus escasas necesidades comerciales e industriales. Esta condición belicosa y andariega, les dio fama en todas partes, pronunciándose su nombre con insistencia en los relatos tradicionales y más tarde en las relaciones escritas de los conquistadores, cuyo encono demuestra la preocupación constante hacia las atrevidas hordas que llevaban doquiera el eco de un prestigio legendario.[31]

Después de los charrúas, la tribu conocida con asiento fijo en el país, era la de los *Chanáes*. Residían en las islas del *Vizcaíno*, sobre el río Negro, que entonces se llamaba *Hum*, del color de sus aguas. El espacio ocupado deja presumir que el número de estos isleños no fuera grande. Asegúrase que después de reducidos a la civilización, no ponían en línea arriba de un centenar de guerreros. Eran de hermoso aspecto y vivían largos años. Habían combatido contra los demás indios de la tierra en otros tiempos, pero al iniciarse la Conquista, comparecieron con todos a tomar parte en la defensa nacional. El episodio interesante de la compra de un niño cristiano, a quien honraron más tarde

31 *Hoy aquí, mañana allí,* — dice Lozano refiriéndose a los charrúas, — *siempre peregrinos y siempre en su patria, hallándose en todas partes para su útil, y gozando de los frutos del país según las estaciones del año* (Hist de la Conq., tomo I, libro I, cap. XVIII).

como consejero y maestro, decidió su simpatía al dominio español, que al fin aceptaron en el siglo XVII.

Las demás tribus no tenían ubicación fija que pueda determinarse con precisión. Durante los primeros tiempos de la Conquista, se encontraron accidentalmente en el local que fue teatro de algún suceso extraordinario, y después desaparecieron, incorporándose a la masa. De este número fueron los *Yaros*, a quienes ha querido señalárseles paradero estable hacia San Salvador, sobre las orillas del río Uruguay, porque en unión de los charrúas aparecieron allí para ultimar al infortunado descubridor de dicho río. Parece que el total constituido por esta parcialidad no fue en lo antiguo muy pequeño, pues al finalizar el siglo pasado, después de continuadas y sangrientas guerras seculares, todavía presentaba un centenar de combatientes en línea.

Los *yaros* debían justificar su nombre *(Ro,* trabucador, revoltoso) por medio de un acto típico. A fines del siglo XVII, redujeron los jesuitas una agrupación de ellos, conduciéndola al pueblo de *San Andrés,* donde quedó instalada. Poco tiempo más tarde, y sin que mediara acontecimiento extraordinario, huyeron todos, ganando el campo. Encontrados por los jesuitas que habían salido en su busca, fueron interrogados sobre la causa de aquella resolución; a lo que contestaron: "estamos resueltos a gozar de nuestra antigua libertad de hacer y pensar lo que se nos antoje: no queremos un Dios como el vuestro, que sabe cuanto hacemos en secreto".[32] Semejante respuesta, dando la medida de la libertad que ambicio-

32 Roberto Southey, *Historia do Brazil,* tomo V, capítulo XXXVIII.

naban, supone alguna idea de la Divinidad, desde que hacían un juicio por comparación.

Otras dos tribus, los *Mbohanes* o *Bohanes* y los *Chayos*, ocupaban también el territorio. Muy poco se sabe de ellos, para que sea permitido abrigar la pretensión de conocerlos con mayores detalles que al resto. A lo sumo, es permitido creer que constituían las dos agrupaciones más pequeñas del país, por el escaso papel representado en sus anales. Se ha asegurado respecto de los *Mbohanes,* que una parte de la tribu fue incorporada a la población de *San Salvador*, y luego después conducida al Paraguay, junto con los colonos españoles que abandonaron dicho pueblo. [33] Sin embargo, entre los vencidos de la batalla del *Yí,* librada por Alejandro de Aguirre en 1702, aparecen los Mbohanes, que él llama *Moxanes.* En cuanto a los *Chayos,* no han dejado otro rastro que el de su nombre, confundiéndose en todo lo demás con sus compañeros de civilización y causa.

Nótase entre las tribus nombradas, que solamente dos —charrúas y chanáes— se distinguen, ocupando de preferencia locales fijos, pues la residencia habitual de las otras tres —yaros, chayos y bohanes— no puede señalarse con acierto. Mas si esto es así en cuanto a la ubicación, no sucede lo mismo respecto a la certidumbre de la existencia. Los yaros, chayos y bohanes, miembros de la familia salvaje que poblaba el Uruguay al tiempo de la Conquista, tomaron parte en la resistencia común contra el extranjero, y conservaron su nombre y su puesto en la tradición escrita. Como entidad viviente, tiene cada una de estas agru-

33 Félix de Azara, *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata,* tomo I, cap. X (edic. de Madrid).

paciones existencia real, por confusos que resulten los rasgos particulares destinados a confirmarla.

En cambio, la tribu *Guenoa,* aparecida a última hora sobre el territorio uruguayo, no presenta idénticas señales de autenticidad. Su procedencia de las orillas del Paraná, la ubicación que en seguida adoptó, situándose sobre el triple litoral comprendido entre los ríos Plata y Uruguay, y la variedad de nombres con que los españoles la designaban, llamando a sus afiliados alternativamente *guenoas* o *minuanes* y en los documentos oficiales *charrúas de Santa-Fe,* inducen a sospechar que los tales *guenoas* eran los mismos charrúas confundidos y designados con otros nombres. Si hay algo bien averiguado desde los comienzos de la Conquista, es que los charrúas acostumbraban a situarse sobre las orillas del Paraná en el correr de sus excursiones, dividiéndose muchas veces en dos parcialidades, una de las cuales se establecía por algún tiempo en aquellas alturas, y otra quedaba sobre el litoral del Plata.[34] Admitido este hecho incontestable, no es de admirar que siguiera produciéndose, hasta que el vigor de la colonización española en el Paraná, arrojando a los charrúas de aquellas alturas, les obligara a reconcentrarse a su antiguo local de preferencia. Así se explica que con el nombre de *guenoas* o *minuanes,* vocablos corrompidos ambos, retrocedieran desde las vecindades de Santa-Fe hasta el litoral comprendido entre Martín García y el mar.

La interpretación a que se prestan los dos vocablos enunciados, no proyecta gran luz sobre el origen atribuible al gentío que ellos designan. *Guenoa* tiene simi-

34 Centenera, *La Argentina,* Canto XXVII. — Guevara, *Hist. del Parag*, libro II, § I.

litud con *guaná*, idioma de los chanáes del Paraguay, a quienes también han llamado los lingüistas *guanás*, por razón de hablar dicho idioma. Ahora bien: aplicando un criterio aceptado en los dominios de la glótica, *guaná* pudo transformarse por efecto del tiempo y corrupción del término en *guenoa*, y entonces resultaría explicada la procedencia de los guenoas uruguayos, que serían descendientes de los chanáes o guanás paraguayos. Pero la cronología y la geografía se oponen a la sanción de este raciocinio. Los *chanáes* o *guanás* del Paraguay, vivían perseguidos y esclavizados desde antes de la Conquista, por cuya razón se refugiaron entre los bosques del Chaco, permaneciendo tan ocultos, que se atribuyó a descubrimiento de los jesuitas el haberles vuelto a encontrar en 1761. Entre tanto, los *guenoas* del Uruguay habían sufrido la influencia catequística de los jesuitas desde 1628 y trataban y comerciaban con los portugueses de la Colonia desde 1680. Luego, pues, para que los *guenoas* uruguayos procediesen de los *guanás* del Paraguay, debieron haber venido al país antes de la Conquista, y se ve por las narraciones de los cronistas primitivos, que tal no sucedió. No puede admitirse entonces, la procedencia paraguaya de los *guenoas*, sin caer en anacronismos inconciliables, a más de la dificultad de salvar distancias que los esclavizados y tímidos *guanás* no se atreverían a poner entre sus bosques impenetrables y la hostilidad de las tribus del tránsito, todas ellas belicosas, y muchas feroces.

Cierto que los *guenoas* presentan alguna divergencia de costumbres con los charrúas. Tenían *hechiceros*, que si bien carecían de prestigio entre ellos, no por eso dejaban de trabajar para obtenerlo. Muy posible sería atribuir la constancia del hecho, a una ob-

servación más cabal de las costumbres de los guenoas que la que pudo hacerse entre los charrúas, pues la profesión de *hechicero,* forma embrionaria de la de médico, existe en toda sociedad primitiva, y aunque poco considerada, no fue desconocida a las tribus uruguayas. Mas si la disposición de los *guenoas* a darle mayor crédito, puede hermanar su origen con algunas tribus del Paraguay que tenían alto concepto de la *hechicería,* fundamentos de valor más positivo anulan la probabilidad de semejante origen. Efectuado un cotejo científico entre el idioma de los *guenoas* y los idiomas de las tribus del Paraguay, se ha hallado no tener aquél, afinidad alguna con éstos. [35] Por lo contrario, la índole del idioma guenoa y sus analogías generales, concuerdan con el de los primitivos habitantes del Uruguay, deduciendo de ello algunos lingüistas, que los charrúas, bohanes y yaros eran tribus de la nación guenoa. Esto último, si bien invierte los términos de la cuestión, propende a resolverla en favor nuestro.

El calificativo de *minuanes,* que también se aplicaba a los *guenoas,* tendría origen guaranítico positivo, si proviniera de un accidente físico en los individuos. *Miní* quiere decir *chico,* y como no ha faltado quien atribuyera a los *minuanes* estatura menor de una pulgada que los charrúas, estaría justificada la transformación del vocablo *miní* en *minuán* por corruptela. Pero no parece haber sido éste el origen del calificativo con que se debía alternar su designación. El nombre *minuán* se hizo célebre después de la muerte de Garay y sus compañeros, efectuada por gentes que encabezaba el cacique *Magnúa.* Llamaron los prime-

35 Hervás, *Catálogo de las lenguas,* tomo I, trat I, cap. II.

ros cronistas *magnuanes* a los afiliados de aquella parcialidad, y el tiempo se encargó de transformar a estos *magnuanes* en los *minuanes* establecidos más tarde sobre el suelo uruguayo. Así resulta, pues, que tan desprovistos de autoridad para fijar un parentesco originario, son el nombre de *guenoa* como el de *minuán*.

Las presunciones más fuertes acreditan que eran estos *guenoas* o *minuanes* los charrúas mismos, batidos y desalojados de las orillas del Paraná en el segundo siglo de la Conquista, y obligados a replegarse al lugar de preferencia que ocupó siempre la tribu. La facilidad con que se juntaron y confundieron todos desde entonces, la identidad de sus rasgos fisonómicos y sociológicos, y la persistencia de los gobernantes españoles en llamarles *charrúas* a unos y otros, son datos que producen convicción. Estrechados por la colonización cristiana, que en forma de ciudades españolas o reducciones indígenas iba adueñándose del suelo, dieron otro giro a sus empresas bélicas, inclinándose más a combatir sobre los territorios limitados por el río Uruguay, que no sobre los avecindados con el Paraná, lo cual ha inducido a algún historiador a suponer que el cambio de táctica implicaba un cambio de patria. [36] Sin embargo las costas del Paraná no se libertaron de sus invasiones, cuando lo requirió la necesidad o el caso.

Con lo dicho, quedan indicados el carácter, costumbres y divisiones parciales que distinguían a los habitantes salvajes del Uruguay, pero no está resuelto el

---

36 *Desde el Uruguay hasta el mar* — dice Lozano — *dejaron los charrúas la tierra a la nación de los guenoas, que los españoles de Santa-Fe y Buenos Aires, suelen llamar, corrompido el vocablo, Minuanes* (Hist. de la Conq., tomo I, libro I, cap. I).

problema de su procedencia originaria. ¿De dónde vinieron estos indígenas? He aquí una interrogación que cae de sorpresa, para los mismos que han apurado el caso, hasta donde la tradición y las conjeturas se confunden. De las pruebas visibles resulta, que los indígenas uruguayos hablaban un idioma común con el de las principales tribus de la cuenca del Plata y sus adyacencias. idioma también hablado por las tribus brasileñas de las costas, lo que induce a la presunción racional de un origen idéntico. Pero no menos incontestables son las pruebas que demuestran la divergencia profunda en los usos, costumbres, tradiciones y carácter de los propietarios comunes de ese idioma, lo que aleja cualquier posibilidad de parentesco entre ellos.

Los indígenas uruguayos, a la época de la Conquista, eran de costumbres relativamente buenas, de carácter leal, de usos sencillos. Los indígenas brasileños, a la misma época, eran antropófagos, geófagos y pederastas. Tenían el culto de la fealdad. Se depilaban las barbas y el vello. Se agujereaban el rostro y los labios, en varias partes, para ornamentarlos con huesos y zoquetes de madera, y cuando destapaban los agujeros, escupían por entre ellos o sacaban la lengua en son de gracia. Se pintaban el cuerpo de negro y rojo. Muchos andaban con el cabello largo, otros usaban cerquillo y los había también que se disfrazaban con pieles de fieras, sirviéndoles de capuchón y mascarilla el forro de la cabeza de las mismas. Eran falsos, hipócritas, traidores y desleales.[37] La enunciación de

37 Hans Staden, *Véritable Histoire et Description*, etc (col. Ternaux). — Pedro Magalhaens de Gandavo, *Histoire de la Province de Santa Cruz*, caps. X y XI (id.). — Porto Seguro, *Historia geral*, tomo I, secs. II y III.

estas disparidades entre unos y otros, explica sus odios y guerras, provenientes no sólo del despecho recíproco, sino del criterio con que cada cual apreciaba el cumplimiento de las leyes de la naturaleza. Y sin embargo, siempre queda en pie la cuestión del idioma: unos y otros hablaban *guaraní*.

No eran tan generales, aunque a veces sí tan profundas, las disconformidades entre los indígenas uruguayos y los demás de la cuenta del Plata y sus adyacencias. Donde quiera que existiesen el antropófago o el tatuado, allí prevalecía la repulsión y era constante la guerra contra ellos; pero a no mediar tales diferencias, las tribus de una y otra orilla del Plata y sus afluentes, solían concertar trueques y hasta aliarse para combatir a un tercero. Es de advertir, sin embargo, que los antropófagos y tatuados eran quienes hablaban córrectamente *guaraní*, a punto de confundirse en muchos de ellos por antonomasia, el nombre del idioma con el de la nacionalidad. Volvía, pues, a producirse en las vecindades del Plata, el mismo fenómeno que en las costas brasileñas. Una vinculación común aproximaba a sus habitantes por medio del lenguaje, y una enemistad irreconciliable les divorciaba por efecto de las costumbres.

Quisiéramos explicar el hecho atribuyéndolo a distanciamientos cronológicos entre el idioma general hablado por todas estas tribus, y la entrada posterior al Continente de algunas de las que lo hablaron después. La palabra *guaraní*, que es nombre genérico y quiere decir *guerrero*, se aplicó indistintamente a los gentíos que lo hablaban y al idioma que señalaba su procedencia. Idioma de los guerreros situados desde el Amazonas hasta el Plata, fue, pues, el guaraní, y si la magnificencia de sus giros y locuciones denuncian su larga

elaboración en el seno de una naturaleza admirable, la universalidad de su dominio, venciendo enormes dificultades de tiempo y lugar, atestigua su antigüedad. Hablado por una raza, cuyas variedades eran tantas como diversas las condiciones biológicas de la inmensa zona que ocupaba, sirvió de medio de comunicación a otras razas invasoras, que bajo los nombres de "Tupís" y "Carrios" conquistaron el suelo, sometiéndose al idioma general imperante doquiera.

Vinieron dichas razas de parajes en cierto modo cercanos. El archipiélago de las *Antillas* o islas del mar *Caribe*, estaba habitado en grande extensión y desde tiempos cuya fecha se ha perdido, por tribus marinas de condición belicosa y costumbres abominables. Avecindados estos isleños con el norte, centro y sur de América, emprendieron excursiones guerreras a los puntos más próximos, hasta que precipitándose al sur, invadieron el Brasil, cuyos habitantes no pudieron resistirles.[38] El éxito de las primeras invasiones estimuló las subsiguientes. Venían por grupos, que al hacerse dueños de la tierra, arrancaban a sus propietarios cuanto tenían, incluso las mujeres, de quienes aprendieron el idioma, ellos, y los hijos que de ellas les nacieron. Su marcha victoriosa y progresiva al través de tan vasto territorio, encontró al fin un límite desde el cabo de Santa María hasta el delta del Paraná, donde fueron rechazados sus desembarcos por los habitantes de aquella zona, quienes les obligaron a cambiar de rumbo y refugiarse en las islas del Paraná, Paraguay, y sus territorios colindantes. Desde entonces data la existencia de los antropófagos tatuados de estas regiones, y ésa es también la fecha inicial de la guerra de

38 Porto Seguro, *Historia Geral*, tomo I, sec. II.

raza entre ellos y nuestros indígenas que hablaban la misma lengua.

Imposible que los ascendientes de estas hordas semi-animales, desprovistas no solamente de todo sentido moral, sino hasta del instinto de propia conservación, pues cuando sus afiliados no se devoraban unos a otros, atracábanse con bolas de barro para saciar la gula; imposible que hubieran ilustrado un idioma en cuyo vocabulario tenían sanción expresa y correcta las palabras amor, amistad, dignidad, y en cuyos tonos derramábanse profusos los raudales de la armonía por entre sus seis vocales de siete sonidos cada una, remedando alternativamente desde el dulce canto del sabiá, hasta el ronco sonido del trueno precursor de las tempestades. No, no eran suyas las palabras humanas, cuya evocación nos enternece todavía a nosotros, dueños del más musical de los idiomas; suyas eran solamente las locuciones feroces de la antropofagia, o los términos despreciables de una prostitución, tanto más repugnante cuanto más brutal.

El idioma guaraní, rico y sonoro, hasta poder traducir las oraciones de la Iglesia con toda la propiedad de sus delicados afectos, las disposiciones jurídicas de la legislación española en toda la integridad de su expresión sutil, no podía haberse elaborado en aquellos cerebros embrutecidos por la animalidad y la lujuria, ni acrisoládose en aquellos labios grietados e insensibles al roce del beso, cuyo misterioso influjo no sintieron nunca. A la raza vencida corresponde la gloria de haber pulido y perfeccionado el idioma, extendiéndolo desde el Amazonas hasta el Plata, y por eso fue que uno de los pueblos emparentados con esa raza, el pueblo salvaje del Uruguay, después de resistir a

los invasores, pudo dictarles la ley en su propia lengua.

Cuando los españoles llegaron a estas playas, todavía se notaban las huellas de la gran lucha ocurrida. El enemigo había sido arrojado por el S. E. más allá de la Laguna Merín, y por el O. había dejado libres las riberas del Paraná, pero no estaban apagadas entre los contendores las desconfianzas recíprocas, ni el celoso instinto de la defensa se había aplacado entre los indígenas uruguayos, a pesar de la extenuación a que les había reducido su grande esfuerzo. Los nuevos sacrificios que se impusieron las tribus para resistir al poder español, demuestra que conservaban íntegra toda su entereza.

Después de haber recopilado cuanto se sabe y se ha escrito sobre los indígenas del Uruguay, resultan ciertos puntos oscuros aún, gracias a los juicios erróneos de algunos escritores del pasado siglo. Y aunque la rectificación de esos juicios pudieran atribuirse a celo destemplado y anacrónico por el honor de una sociedad extinta, cuando el criterio dominante se esmera en recargar las sombras del cuadro presentado por las naciones bárbaras de América, ya para enorgullecerse con la comparación, ya para repugnar toda solidaridad entre aquellos gentíos y las sociedades presentes, nada más ajeno a la verdadera imparcialidad. que capitular con semejantes preconceptos. Los indígenas uruguayos, al igual de toda sociedad humana, tienen derecho a ser juzgados dentro del criterio moral impuesto a los hombres por su específica solidaridad a través del tiempo.

Invadidos en su infancia por una civilización extraña, no resistieron la violenta transición a que necesariamente debía condenarles ese cambio repentino y

prematuro, teniendo que replegarse en sí mismos, antes que les fuera dado desarrollar con amplitud las dotes que parecían enunciarse en los rasgos más salientes de su altivo carácter. Pusiéronse de frente, dos civilizaciones: la una completamente primitiva, con sentimientos y nociones muy confusas sobre los hechos más vulgares, y vegetando en una escasez de elementos orgánicos tan grande como cuadraba a su impericia social; mientras que la otra había llegado a una gradación superior, conquistando ideales permanentes y progresos reales que la ponían en aptitud de abarcar, como acababa de hacerlo, todas las manifestaciones del pensamiento y de la industria humana en la expresión que tenían al lucir el siglo XVI. Ha sido aventurada, pues, la conducta de los escritores que trazaron la fisonomía histórica de los habitantes bárbaros del Uruguay, y por el juicio comparativo con la sociedad europea; sin fijarse que en esas condiciones, ni la primera resiste el paralelo, ni la segunda puede gloriarse de sus conquistas.

Los indígenas uruguayos al chocar con la civilización europea que se propuso dominarles, hallábanse en la época que la geología denomina *Neolítica*, o sea de la piedra pulida. Todos los datos concurren a confirmar esta aseveración: las armas de que se servían, los utensilios con que las trabajaban, los talleres donde esos trabajos se llevaban a cabo, son indicios seguros de que habían entrado ya al segundo período de la Edad de piedra, en la cual los rudimentos de una industria menos grosera, comenzó a abrir horizontes más vastos al espíritu humano. Sin embargo, sea por el aumento de las necesidades, sea por el hecho fatal de que la civilización se cimenta con sangre, la época en que entraban los indígenas es la verdade-

ra época de la guerra universal: así la han designado con mucha propiedad algunos maestros de la ciencia geológica.[39] No debe extrañarse entonces, que la guerra fuese la ocupación primordial de estos gentíos. Aquellos que los han acusado de ferocidad porque gastaban la actividad de sus esfuerzos en las contiendas armadas. no hacen un argumento sensato, sino una excepción. Todos los pueblos han cruzado por un período idéntico, en las épocas análogas a ésta; el período *neolítico* ha sido una condición imprescindible de la organización social de la humanidad, un precedente necesario al desarrollo del progreso. Los uruguayos primitivos, pues, no podían eludir el cumplimiento de la ley misteriosa que les llevaba a un estado permanente de acción armada, para hacerles conquistar a su término las ventajas de la civilización. Sirva cuando menos esta verdad, para restituirles el derecho de ser juzgados al nivel de los demás pueblos de la tierra.

Dos acusaciones de otro orden se les han hecho: la una afirmando que eran antropófagos; la otra, asegurando que hacían comunes a sus mujeres, y hasta que llegaban a trocarlas por objetos con los españoles. Los testimonios más verídicos, sin embargo, se apresuran a desmentir cargos tan abrumadores, y nada hay que los confirme, ni por datos pretéritos, ni por pruebas visibles en la larga y azarosa lucha de los indígenas uruguayos contra el poder español.

El dictado de antropófagos les vino por la muerte de Solís, que Francisco Torres contó en España como lo tuvo por conveniente. Hoy sabemos que Solís hizo

39 Juan Vilanova y Piera, *Origen, Naturaleza y Antigüedad del Hombre* (Ep. Neolítica).

dos viajes al Río de la Plata, y la seguridad con que abordó a sus costas por segunda vez, prueba que no le había ido mal en la primera. ¿Qué motivos le indujeron en aquel segundo viaje a librar un combate a la altura de la Colonia, donde fue derrotado y sucumbió él mismo? Francisco del Puerto, uno de los prisioneros sobrevivientes al lance, y cuya existencia es prueba mayor de toda excepción contra la supuesta antropofagia de los indígenas uruguayos, parece no haber suministrado al respecto dato alguno, cuando doce años después habló con Gabotto y Ramírez, que le encontraron libre y propietario en el *Paraná* de una isla que bautizaron con su nombre.[40] Diego García, que formó parte de la primera expedición de Solís, se contenta con afirmar, quince años más tarde, que los charrúas *no comían carne humana*. Juntando la declaración de García con el testimonio viviente de Francisco del Puerto, resultan dos testigos de vista, uno de los cuales afirma con sus palabras y el otro con su existencia, que los indígenas uruguayos no eran antropófagos.

Las expediciones de Gabotto y Zárate proyectan más luz todavía sobre el caso. Una y otra toman tierra en el país, siendo liberalmente socorridos sus individuos mientras no atropellan a los naturales. Gabotto deja cantidad de enfermos e impedidos en San Salvador, que son auxiliados por los indígenas, y manda al capitán Ramón a reconocer el río Uruguay, mientras él mismo descubre otros ríos. Se produce entre tanto un rompimiento: los indígenas atacan a Ramón y le ultiman, asaltan el fuerte San Salvador y lo destruyen, pero no hay relación verbal o escrita que refiera ha-

40 Oviedo, *Hist. gen. y nat.*, lib. XXIII, cap. III.

ber sido devorado ninguno de los muchos muertos, heridos o prisioneros de estas jornadas. Igual cosa sucede con la expedición de Zárate: por todas partes se recibe bien a sus miembros, hasta que son injustamente vejados los indígenas. Entonces comienza la guerra, y a raíz de cada victoria contra los españoles, devuelven los indígenas a sus vencidos, los prisioneros tomados en la lucha. Constan estos hechos de relatos escritos por testigos de vista, cuya confabulación se hace imposible, ya porque fueran dos de ellos, García y Ramírez, miembros de expediciones rivales, ya porque el tiempo transcurrido excluyese toda confidencia posible, como aconteció entre Centenera y los nombrados.

Por otra parte, no se explica racionalmente la existencia de ningún interés que influyese en García, Ramírez o Centenera, para ocultar los vicios de los indígenas uruguayos. Dos de estos cronistas (García y Ramírez) escribieron relaciones destinadas a exhibir sus propios sufrimientos, de modo que cuando contribuyese a mitigarlos les era perjudicial, y no habían de prohijar por una generosidad incomprensible, inexactitudes que concurriesen a ese fin. En tal concepto, es indudable que mitigaba dichos sinsabores, la circunstancia de haber arribado el uno a costas hospitalarias, después de navegar por entre traidores y antropófagos, y haber vivido el otro mucho tiempo en las mismas costas, alojado y servido por sus habitantes y hasta conducido por ellos en expediciones marítimas a lejanos parajes. En cuanto a Centenera, mal poeta, pero poeta al fin, sería inexplicable que hubiese rehusado sacar partido de cualquier acontecimiento trágico, cuando tan minucioso fue en otros detalles del género y tan desafecto se mostró a los indígenas. Y entre tanto, García declara que los indígenas uruguayos *no*

*comían carne humana*, Ramírez da cuenta de los antiguos compañeros de Solís y Loaiza que encontró vivos y libres en aquellas costas, enumerando luego los servicios de que él mismo era deudor a sus habitantes, sin aludir una sola vez a crueldad alguna, y el arcediano Centenera, da no una, sino muchas veces, nombres de náufragos o prisioneros españoles restituidos por los charrúas, de quienes afirma *no ser costumbre* matar al vencido, contando, además, la vida y hechos de Juan de Barros, antiguo prisionero de los chanáes a quien él casó eclesiásticamente.

Así, pues, todo concurre a desmentir la infundada aserción de que los indígenas del Uruguay fuesen antropófagos. En cuanto al cargo de que hiciesen comunes a sus mujeres, llegando hasta trocarlas con los españoles por objetos, es tan infundado como el primero. Individuos que se casaban, y mujeres que preferían la vida conyugal a cualquiera otra, no podían prestarse a hacer un comercio ilícito de lo que más estima el pudor. En cuanto a ellos, las repetidas pruebas de amor a sus familias que llegaban a convertirse en preceptos de táctica militar, obligándoles a tomar la precaución de esconderlas en los bosques luego que se preparaban para la guerra, demuestran que aun cuando no lo hicieran ostensible, profesaban a sus mujeres e hijos, aquel cariño sincero que forma el núcleo de toda sociedad doméstica.

No quiere esto decir, que al promediar el siglo XVIII, cuando revueltos con los fugitivos españoles y portugueses que les enviciaron en la borrachera y el juego, mantuviesen su antigua sencillez de costumbres; pero de tal condición, a la de rufianería, que supone el comercio enunciado, va una diferencia que pide pruebas no exhibidas hasta hoy. Es, pues, insostenible

ante los hechos, la acusación de tráfico comercial con sus mujeres, que algunos escritores han formulado; como lo es asimismo la de antropofagia, que no resulta comprobada jamás.

El amor de la familia y la generosidad con los vencidos son dos sentimientos que debían naturalmente hermanarse para formar las calidades esenciales de su carácter, porque en una sociedad primitiva no se comprende que pudiera existir la pasión de la libertad individual, el valor indómito de las batallas y el espíritu de altiva resistencia a toda imposición, si esos sentimientos no tuviesen un ideal permanente que los modelase en el alma de sus poseedores. El hombre bajo cualquiera de las condiciones sociales en que la suerte le halle, no ama o aborrece sin razón, por más que esa razón esté oscurecida a veces por los sombríos tintes del salvajismo. En la edad infantil de los pueblos, encuéntranse predisposiciones muy marcadas hacia la conquista de los destinos que el presentimiento de un porvenir todavía lejano hace entrever a un presente demasiado sencillo. Los indígenas uruguayos obedecían en todo, a ese instinto superior de las razas destinadas por la fuerza de su virilidad, a las grandes epopeyas que marcan en la historia el lugar de las conquistas estrepitosas o de las desgracias heroicas.

Por muy somero examen que se haga de esta incipiente nacionalidad, ha de encontrarse en ella un carácter verdaderamente original, y muchas veces superior al de algunas del Continente americano, sin descontar las que alcanzaban grado mayor de civilización, y condiciones sociales atestiguadas por un complicado mecanismo industrial, religioso y político. Amaban estos indígenas una independencia que no les proporcionaba grandes placeres, y supieron defenderla

con más tesón y ardor que otras naciones de América realmente apegadas a su suelo por atractivos influyentes. Tan sorberbia altivez mezclada con tanta constancia, indican que este pueblo se hubiera abierto a las expansiones del progreso, si la fuerza de las cosas no le hubiese obligado a detenerse en su marcha, para oponer el pecho por baluarte a sus implacables perseguidores.

FIN DEL TOMO PRIMERO